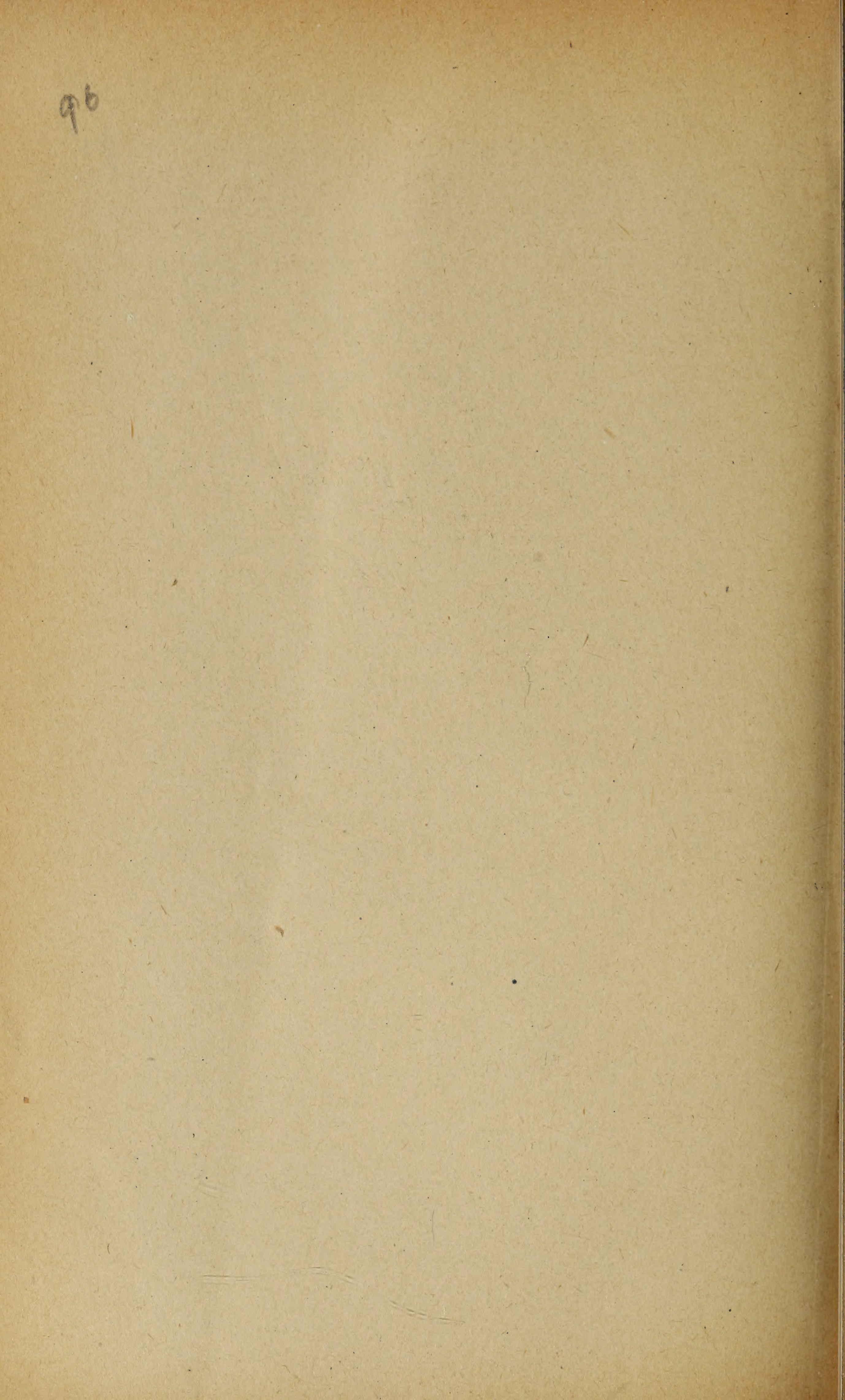

3 1761 08





JOSE ECHEGARAY

Vida alegre y muerte triste

DRAMA

en tres actos y en verso, original

OCTAVA EDICION

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917

VIDA ALEGRE Y MUERTE TRISTE

VIDA ALEGRE Y MUERTE TRISTE

DRAMA

en tres actos y en verso

POR

JOSE ECHEGARAY

Representado con extraordinario éxito en el TEATRO ESPAÑOL el día 7 de Marzo de 1885

OCTAVA EDICIÓN

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, NÚMERO 551

1916

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOLORES, madre de........	SRA.	CIRERA.
CARMEN..................		CASADO.
ANTONIA, criada...........		VARELA.
DON RICARDO.............	SR.	VICO.
LUIS.................... / ÁLVARO................		CIRERA.
ÁNGEL....................		PÉREZ.
PACO......................		VIVES.
SERAFÍN, el doctor.........		PARREÑO.
PEDRO.. (Servidumbre de don Ricardo.)		FERNÁNDEZ (D. M.)
BASILIO. (Servidumbre de don Ricardo.)		MORENO.
RAMÓN, criado de Alvaro....		PERRÍN.
CRIADOS que no hablan.....		

ESCENA CONTEMPORÁNEA

El primer acto en casa de don Ricardo: el segundo y tercero en una quinta o granja del mismo en la costa de Málaga veinte años después

AL EMINENTE ACTOR

Don Antonio Vico.

Son tantos los dramas que tengo dedicados a usted, ya explícitamente en las primeras páginas de cada impresión, ya por la admiración y la gratitud en las más firmes aunque más silenciosas del pensamiento, que esta dedicatoria, que gustosísimo pongo a la cabeza de mi última obra, pudiera parecer cansada monotonía si no fuese ineludible tributo a su gran genio artístico y a su incansable entusiasmo por el Teatro Español.

En verdad que mi aplauso es inútil ante el aplauso frenético conque el público ha acogido la creación por usted realizada en el drama VIDA ALEGRE Y MUERTE TRISTE, *y ante el no menos unánime juicio de la prensa.*

Usted ha dado a la escena vida, sangre, alegría y luz al Ricardo de mi obra, en el primer acto; tristezas, dolores, desesperación, arrepentimiento y lágrimas en los dos últimos.

Ha hecho usted más que adivinar mi pensamiento: ha creado usted con su gran talento, su poderosa intuición y sus arranques sublimes, un tipo calcado fielmente sobre el mío en todos sus accidentes; pero sobrepujándolo en grandeza, como el divino acento de la palabra humana sobre-

puja en calor y emoción artística a la letra fría e inmóvil de la palabra escrita.

Ese Ricardo, ese mismo Ricardo que usted ha hecho, es el que yo pensé, al pensar, o al adivinar más bien, lo que usted haría en la representación de mi modesto drama.

No he de concluir estas breves líneas sin rogar a usted que sea intérprete de mi gratitud para con sus compañeros por la unidad perfecta y la gran inteligencia artística conque han desempeñado sus respectivos papeles todos ellos, desde el digno heredero de la tradición de Guzmán, al joven que empieza su carrera; y para con la Empresa asimismo, por los generosos esfuerzos que ha hecho a fin de dar colorido y verdad al fondo, ya alegre, ya sombrío, en que habían de aparecer los personajes y sobre el cual había de desarrollarse la acción del drama.

Una vez más la expresión sincera de mi entusiasmo por el gran artista, que como dice la prensa, es gloria, no solo del Teatro Español, sino del Teatro moderno europeo.

José Echegaray.

ACTO PRIMERO

La escena representa un salón elegante, de joven rico y soltero. Cuadros, objetos artísticos, etc.; todo con cierto desorden. Butacas, divanes, etc. A la derecha una oriental; a su lado una mesita con un pequeño jarrón de china y un quinqué. A la izquierda un bis a bis, causeuse o ziszás de respaldo muy bajo. A este lado un balcón; a la derecha una puerta. En el fondo una puerta; por ella se ven las antesalas.

Es de noche. Luz, la del quinqué.

ESCENA PRIMERA

PEDRO y BASILIO

Ped. Conque, Basilio, ya sabes
lo que nos ordena el amo:
una cena para cinco,
cenas de aquellas que han dado
fama y nombre a Baltasar:
Baltasar... de no sé cuántos,
que aún ignoro el apellido,
pero que en sus tiempos, vamos,
debió ser un calavera
de buen gusto y mucho rango.
Avisas al cocinero,
y adelante.

Bas. Descuidado
puedes estar. Como cosa
propia (y tan propia, que al cabo
han de ser para nosotros

la mitad de cada plato,
y de tres botellas, dos),
cumpliremos el encargo.
¡Un *menú* de lo supremo!

Ped. ¡Escogido!

Bas. ¡Y delicado!

Ped. Y los vinos...

Bas. (Acercándose con misterio y malicia.) Del rincón
de la cueva, que exploramos
antes de ayer. Al entrar:
a la izquierda, tercer ángulo.

Ped. Ya me acuerdo; pero allí
fué poco lo que dejamos.

Bas. Lo bastante para dar
en tierra con esos cuatro
calaverillas de ojaldre,
que siguen a don Ricardo.
A la primer copa, ¡niebla!
a la segunda, ¡nublado!
a la tercera, ¡al diván!
ya no hay mozos: se acabaron. (Riendo.)

Ped. Pues ya sabes: carta blanca,
que el señor no tasa el gasto.

Bas. ¡Ese es un hombre de veras,
con las hembras y los bravos!
¡como aquel don Juan que vimos
el día de Todos Santos!

Ped. Pues no dormirse.

Bas. ¡Ya voy
echando chispas, que el caso
por chispas ha de acabar
aquí dentro y allá abajo!
(Va a salir, pero se detiene y vuelve.)
Pero aguarda, una pregunta:
¿Habrá mujeres? ¿Te ha dado
instrucciones?

Ped. Nada dijo;
mas adonde acude el diablo
no han de faltar... y a los postres...
es probable.

Bas. Y es probado.
Otra cosa.

Ped. (Impaciente.) ¡Todavía!

Bas. Allá fuera está esperando
la doncella, o cosa así,
del piso tercero.

Ped. ¡Malo!
¡jaqueca para el señor!
Son asuntos trasnochados,
y estos tales suelen dar
poco gusto y mucho gasto.
Bas. La enviará la señorita
Dolores.
Ped. Pues está claro.
Bas. ¿Le digo que pase?
Ped. Bueno.
¡Le chica es rico bocado!
Bas. La invitas a nuestra cena.
Ped. En eso estaba pensando:
justo es que también nos den
postres.
Bas ¡Acaramelados!
(Sale Basilio por el fondo.)

ESCENA II

PEDRO, ANTONIA, por el fondo; trae una rosa en la mano

Ant. ¡Tono se da el Mayordomo!
¡hace media hora que aguardo!
Ped. Trataba de asuntos serios
con Basilio.
Ant. Me hago cargo.
Ped. Pero de todas maneras
lo siento.
Ant. (Se sienta con gran desahogo en una butaca.)
Pues nos sentamos.
Ped. ¿Ese pedazo de cielo,
por qué se nos vino abajo?
Ant. Porque lloran allá arriba,
y como la lluvia, el llanto,
si no ablanda corazones,
desploma los cielos rasos.
En plata, señor don Pedro,
que el señor es un ingrato,
y la señorita un ángel,
y este mundo un mal pecado,
y esta casa un purgatorio,
como el que vi en un retablo.
Ped. ¿Con ánimas?... (Acercándose a ella.)
Ant. ¡Como yo!
(Pedro quiere cogerle una mano.)

Pero sin *el toque*, ¿estamos?
(Separándole la mano.)
Ped. ¡De mal humor vienes, chica!
Ant. Traigo luto... por el amo:
porque debe haberse muerto.
Ped. ¿Qué estás diciendo?
Ant. Está claro.
¡Hace más de una semana
que le estamos aguardando!
¡Ni aunque fuéramos hebreas
y él el Mesías de hogaño!
¡Vaya que no es regular!
(Levantándose con arranque.)
¡Que esto no lo hace un cristiano!
¡Ella no come! ¡no duerme!
¡no descansa! A cada paso
se asoma al balcón y mira,
y no ve, o ve si acaso,
un coche que se lo lleva,
¡el mismo que nos lo trajo!
Otras veces al portón
en escucha de sus pasos
se pone: y suben y bajan
sin pararse en el descanso.
Ayer se enredó la trenza,
del ventanillo en un clavo,
y al apartarse por fin,
desesperada y llorando
y de golpe, se dejó,
¡pobre cordera! en el gancho
un mechón de la madeja
que peinaban estas manos.
«¡Qué lástima, señorita!»
salté yo, y ella, secando
unas gotitas de sangre
de la sien, se fué a su cuarto
diciendo: «¡De qué me sirven
si no las besa Ricardo!»
Ped. Tú lees novelas, y allí
aprendiste esos vocablos.
Ant. Los aprendí en unos ojos
ahora turbios y antes claros:
en dos rosas de Valencia
que unos besos deshojaron,
dejándoles las espinas
porque le pinchen los labios:
en una cintura esbelta...

Pero me voy explicando
sobre cosas que no importan,
o que importan demasiado.
Aprendí lo que aprendí
en libros que me prestaron,
y no vine a darle cuenta
de si leo o si adelanto.

Ped. ¿Pues a qué viniste, Antonia?

Ant. Pues vine por el mandato
de mi señora a traer
esta rosa a don Ricardo.

Ped. ¿La de las espinas?

Ant. No:
a esta se las ha quitado
la señorita, por miedo
de que pinchen a tu amo,
que estos miramientos guardan
los ángeles con los diablos.

Ped. Pues ponla en ese jarrón:
agua tiene.

Ant. (Colocando la rosa en el pequeño jarrón.)
Y ella llanto,
conque ya echará capullos,
aunque el riego es muy amargo.

Ped. ¿Y nada más?

Ant. Lo peor
me falta.

Ped. ¿Qué es ello?

Ant. Acabo
como empecé, ¿por qué causa
no sube ya?

Ped. Porque ha estado
ocho días en la quinta
del duque de Valdellano.

Ant. ¿De caza?

Ped. Precisamente.

Ant. Siempre está de caza tu amo.

Ped. ¡Buena escopeta!

Ant. ¡Y buen tiro!
¡al corazón!

Ped. Porque es blando
en el sentir y no quiere
que sufra la res.

Ant. Ya caigo.
Pero al volver, ¿por qué causa
no fué del nido al reclamo?

Ped. Porque ahora está en la política:

el *gabinete* le ha dado
mucho que hacer.

Ant. No será
el de casa. Lo cerramos
hace ocho días y creo
que hasta yerbas ha criado.

Ped. Tú no entiendes de estas cosas.

Ant. Pero me voy enterando.

Ped. Tuvo conferencias graves
con algunos diputados,
y con personajes *públicos*
anduvo en no sé qué tratos.

Ant. ¿Y ahora también?

Ped. Ahora no;
porque al fin algún descanso
hay que dar al cuerpo.

Ant. Es justo:
debe estar muy fatigado.

Ped. Anoche con el vizconde
del Olivar y otros cuatro,
se fué a cenar... y no ha vuelto.
(Movimiento de Antonia.)
Según me contó el lacayo,
que llegó ha poco, después
de la cena se enredaron
con unas cartas... y así
se pasó la noche en claro.
Y vino el día... y no vino,
o vino mal un caballo,
y tuvieron un disgusto;
y ya calientes los cascos
a rompérselos se fueron
al hotel de Valdellano,
que tiene, según se dice,
un jardín para estos casos.

Ant. ¡Un desafío!

Ped. Es corriente:
¿qué ha de hacer un hombre honrado
ante el conflicto de un as
y un siete, pongo por caso?

Ant. ¿Pero el señorito es uno
de los dos?

Ped. ¡Les ha injuriado,
Antonia, con esa duda!
Don Ricardo es don Ricardo:
y tirándose de espadas
él siempre juega de mano.

Ant. ¡Virgen de la Concepción!
¿Y si le matan?
Ped. (Riendo.) ¡Al amo!
¡Ya es fácil! Pero ahí lo tienes:
¿un coche no entró en el patio?
Ant. Pienso que sí.
Ped. (Asomándose al balcón.)
Mira, mira...
¡qué ligero y qué gallardo!
Ant. (Asomándose también.)
¡Lo que es buen mozo!... ¡buen mozo!...
eso lo es: no hay que negarlo.
¡Ay, señorita Dolores,
qué dolor, siendo tan guapo,
que no se le amolde el alma
del cuerpo al rumbo y al garbo!
Mas voy por la otra escalera.
No olvide la rosa.
Ped. Vamos,
que ya sube. (Mirando por el fondo.)
Ant. Pues por mucho
que suba, se queda bajo. (Sale por la derecha.)
(El tipo de Antonia le interpretará la actriz como crea oportuno: andaluza o madrileña de los barrios bajos, etcétera.)

ESCENA III

PEDRO y DON RICARDO

Don Ricardo por el fondo, elegante, pero el traje algo descompuesto; aunque lo disimula, está fatigado. Viene acabando un puro

Ped. (Siguiéndole con solicitud.)
Perdone usted si pregunto...
¿No resultó?...
Ric. Nada malo.
Le hice un rasguño a Gonzalo.
¿Y la cena?
(Dejándose caer en el sofá al lado de la mesita.)
Ped. Siempre a punto.
Ric. ¿Encargaste?
Ped. Lo mejor:
yo nunca les pongo tasa:
y todos saben en casa
cómo se sirve al señor,

Pero estará fatigado...
si descansase...

Ric. ¡Qué idea!
¡descansar! Cuando me vea
con más años. Ya he probado
que yo por nada me postro
ni me aparto de mi centro.
(Deja el cigarro y toma la rosa maquinalmente.)
Ahora me voy allá dentro:
agua fresca para el rostro.
otro puro, ¡que hasta allí!
una copa de Jerez,
y me tienes otra vez
el mismo que siempre fuí.
Aún me queda mucha vida
(Tendiéndose más en el sofá.)
en esta alegre jornada,
para sentirla cansada
por una noche perdida.
¡Y eso que tengo que hacer!...
¡ni un ministro! Vé contando.
(A Pedro.)
Una, la cena.
(Arranca una hoja de la rosa y la tira.)
En cenando,
Mercedes: *dos*.
(Arranca otra hoja y la sopla al espacio.)
Y al volver,
que será ya entrado el día, (Riendo)
el usurero: y *tres* van.
(Arranca otra hoja y la echa al suelo.)
Después el dinero a Juan:
cuatro.
(Repite la misma operación con la misma indiferencia.)
¡Y a la joyería!
Cinco.
(Lo mismo: siempre cuenta sus infamias por las hojas que va arrancando de la flor.)
¡Paca me atormenta
con su broche de brillantes!...
¡Si no tiene hojas bastantes
un rosal para mi cuenta!

Ped. (Aparte riendo.)
¡La *otra* arrancó las espinas
ensangrentando sus dedos,
y *éste* cuenta sus enredos
en las hojas purpurinas!

Ric. ¡Vida alegre; vida brava!
así al espacio se va!
(Maquinalmente acaba de arrancar casi todos los pétalos.)

Ped. ¡Qué fresca y qué roja está!

Ric. ¿Quién? (Distraído.)

Ped. La rosa.

Ric. (Riendo.) Di que estaba.

Ped. La envió...

Ric. ¡Vaya usté a saber,
entre todos los amores!

Ped. (Con malicia y misterio.)
La señorita Dolores.

Ric. ¡Dolores!... ¡Pobre mujer!
(Se queda triste y pensativo. Después se pone en el pecho los restos de la flor. Pedro le mira con sonrisa burlona.)
¡Despojos tristes y yertos!...
¿Te extraña? Tienes razón: (A Pedro.)
pero en fin, mi corazón
es plantel de tallos muertos.
(Vuelve a quedar pensativo; se levanta y se pasea de mal humor.)
Venía contento... ¡y justo!
llegas... ¡y tú, buena sombra! (A Pedro.)
A mí nunca se me nombra
nada que me dé disgusto. (Muy enojado.)

Ped. Dispense el señor: yo... cuenta
de todo le debo dar.

Ric. ¡Para afligirme y llorar
cuando llegue a los ochenta!
Siempre lo mismo me pasa:
eres mi eterno tormento;
nada, para estar contento
no puedo venir a casa.
¿Cielo azul? ¡pues ya se viste
con un celaje de luto!
Vengo alegre...
(Aparte.) y este bruto
siempre me habla de algo triste.
¡Ni me reclama el instinto
(Alto y dirigiéndose a Pedro.)
una vida recogida,
ni he de hacer mi entierro en vida
como el César Carlos Quinto!
(Paseándose con agitación y dirigiendo miradas rencorosas a Pedro.)

ESCENA IV

DON RICARDO y PEDRO; BASILIO, por el fondo

Bas. Señorito... (Con misterio y en voz baja.)

Ric. Dilo luego;
¿es la funeraria?

Bas. No:
la de arriba.

Ric. Se acabó;
¡hoy no ceno con sosiego!

Ped. Le ha visto cuando ha llegado.

Bas. Puso a Antonia de atalaya.

Ped. Le diremos que se vaya,
que el señor está ocupado.

Bas. ¡Es ya mucha obstinación!

Ped. ¡Es tenerle siempre inquieto!

Ric. ¡Si le faltais al respeto
(En voz baja, pero con ira.)
os tiro por el balcón!
Dile que pase al instante:
y con mucha cortesía:
¿entiendes? ¡como a un usía!
Y ten, sabido, tunante,
que a mujer que penetró
por las puertas de mi hogar,
ninguno le ha de faltar:
no digo vosotros, ¡yo!
Vete pronto.
(A Basilio: éste sale por el fondo.)
¡Vaya un tuno!
¡Tú me avisas si alguien llama (A Pedro)
y en tanto que esté la dama,
que no me pase ninguno!
(Pedro sale también por el fondo.)

ESCENA V

DON RICARDO y DOLORES

Dol. ¡Ricardo! (Corriendo a él y abrazándole.)

Ric. ¡Dolores mía!

Dol. Perdóname.. No he podido
resistir... ¿Vienes herido?... (Con ansia.)

Ric. ¿Ya te han contado?...
Dol. Venía
por eso... que de otro modo
como sé que te molesto...
pero me contaron esto
del duelo... y lo olvidé todo
al pensar «¡puedo perderle!»
y me dijo el corazón:
«aprovecha la ocasión,
aunque él no quiera, de verle.»
Ric. ¡Qué buena eres! Haces mal
(Acariciándola.)
en quererme tanto, Lola.
Dol. Si es esa mi falta sola,
no es, Ricardo, natural
que te enoje mi porfía;
que si yo la viese en ti,
más que falta para mí
¡fuera gloria y alegría!
Y ahora que te he visto, ingrato,
si quieres me marcharé.
(Lo dice, pero quiere quedarse.)
Ric. ¡No digas eso! ¿Por qué?
Puedes estar otro rato. (Mirando al reloj.)
(Lo dice, pero quiere que se marche.)
Dol. ¡No siendo contra el deseo
(Dirigiéndose al sofá.)
de mi señor!
Ric. ¡Qué locura!
(Se sientan los dos.)
¡Pues si no hay mayor ventura!
¡otro rato! ¡ya lo creo!
Digo, no siendo muy largo,
porque espero a unos amigos...
(Mirando otra vez el reloj.)
Y ya ves que con testigos
no es posible. ¿Te haces cargo?
Dol. Tú mandas. Mis alegrías
tú las tasas.
Ric. ¡Niña amada!
Dol. Y me voy sin decir nada
de la ausencia de estos días,
Ric. ¡Estos días: tú no sabes
qué asuntos: nada, un mareo!
Dol. En eso sí que te creo.
(Sonriendo con malicia.)
Ric. Pero de cosas muy graves.

Dol. No mientas, Ricardo mío;
que eso no es digno de ti. (Tristemente.)
Ric. Pues te quiero mucho. (Besando la mano.)
Dol. Sí;
pero tu labio está frío.
Tu lealtad de caballero
el engaño nunca merme.
Yo sé que no has de quererme
tanto como yo te quiero.
Ric. Hay maneras de querer,
distintas, como de odiar;
y no puede el hombre amar
lo mismo que la mujer.
Mira, si alguien te ofendiera;
si ultrajase tu decoro,
si tocase a un hilo de oro
de tu hermosa cabellera,
(Animándose por grados.)
si por torpeza quizás
o por imprudente frase
a tus ojos arrancase
una lágrima no más,
¡o te pedía perdón
de rodillas el villano,
o con el hierro en la mano
le arrancaba el corazón!
Dol. ¡Sigue!... ¡Sigue!... ¿De ese modo
me amas? ¡Qué felicidad!
Como ahora dices verdad,
ya lo dices de otro modo.
Ric. Pues ahí tienes.
Dol. ¡Qué placer!
¡y esta vez hablas de veras!
Pero es que lo mismo hicieras (Con tristeza.)
quizá por otra mujer.
Y mi duda no te asombre:
(Previniendo un movimiento de don Ricardo.)
para ese lenguaje fiero,
basta con ser caballero;
mucho menos, con ser hombre.
Ric. Dolores, no sé qué anhele
(Con tono de mal humor.)
tu cariño.
Dol. ¡No te enojes!
¡Ricardo!
Ric. No te acongojes,
(Siempre con disgusto; buscando quizá una riña.)

eso no; pero me duele,
que vengan siempre a turbar
tu llanto mis alegrías.

Dol. Pues hace ya quince días,
que no me has visto llorar.
(Con triste reconvención.)

Ric. (Aparte.)
(Lo que duró mi escapada)
(Dolores baja la cabeza; queda silenciosa y se seca una lágrima. Don Ricardo la contempla con una mezcla de compasión, cariño y aburrimiento.)
Es mucho mejor que yo,
y la quiero; pero no
puedo más, que es muy pesada.
Me empeñé en que me quisiera
atropellando por todo;
pero me quiere de un modo
que no es mi modo y manera.
(Cogiéndole la mano y hablando con ternura.)
Debe llegar el amor
a donde llega el placer,
y se debe contener
en las lindes del dolor.
Para vivir en anhelo
continuo y continuo llanto
se sienta plaza de santo
y al menos se gana el cielo.
Lo demás fuera locura
y no es justo ni es preciso
convertir el paraíso
en un valle de amargura.
Mientras vivamos, gocemos.
¡Vida alegre!, este es mi lema.
¿Cómo se logra? ¡Problema!
Y más tarde, ya veremos.
Conque, Lolilla, no llores;
mira que me das mal rato.
¡Si te quiero mucho!

Dol. ¡Ingrato!

Ric. ¡Que voy a llorar, Dolores!

Dol. ¡Ya es bien fácil! ¡Tú llorar!
Siempre el llanto es para mí.

Ric. (Levantándose con enojo y separándose de ella.)
Dolores, siguiendo así,
va a ser preciso *acabar*.

Dol. ¿Dices acabar? (Levantándose con angustia.)

Ric. Romper

este lazo que te oprime...
y te hace sufrir...

Dol. (Precipitándose a él y colgándose a su cuello.)
¡No! ¡Dime
que nunca!

Ric. (Aparte.) (¡Pobre mujer!)

Dol. ¡Ya tus consejos escucho!
¡ya no hay miedo que te quejes!
¡pero, por Dios, no me dejes,
que te quiero mucho, mucho!
¡Hice mal: fué necio antojo!
¡yo seré buena y humilde!
¡yo haré que nunca me tilde
de quejumbrosa tu enojo!
(Rompe a llorar en sus brazos.)

Ric. Y yo también: cuando veo
el cariño que me das,
pienso que te quiero más
de lo que yo mismo creo.
La atmósfera del placer
puede mucho sobre mí;
pero tú quiéreme así;
¡que acaso logres vencer!
No merezco tus sinceras
expansiones: soy un loco.
Lo dije en broma hace poco,
ahora lo digo de veras.
Me eduqué en la ociosidad,
y entre fáciles amores,
y fueron mis preceptores
placer, lujo y vanidad;
las sonrisas de las bellas,
la embriaguez de la alegría,
el delirio de la orgía
y el chocar de las botellas;
conque envuelto por tal ola
de espumante frenesí,
si algo bueno queda en mí,
no es poco mérito Lola.
Pero al ver la celestial
luz de amor que te circunda,
con vibración tan profunda
late de fibra carnal,
que mientras roba la calma
a la materia maldita,
su agitación infinita
llega y penetra en el alma.

De modo que este tronera,
al menos por esta vez,
sin mentira y sin doblez,
te ama con el alma entera.

Dol. ¡Si en el fundo eres muy bueno!

Ric. ¡Pero hay que cavar muy hondo
para llegar hasta el fondo!
¡porque arriba todo es cieno!

Dol. ¡De dicha vas a lograr
que muera! Quien tal confiesa...
(Abrazándose a él más estrechamente.)

Ric. Quien confiesa que le pesa...
(Aparte.)
(Acaso vuelve a pecar.)

Dol. ¡Ricardo!... ¡Esa rosa!...
(Separándose de él y reparando en los restos de la flor.)

Ric. ¡Vamos!
¿Celos? Si es la tuya.

Dol. ¡Ay, Dios!

Ric. Al abrazarnos los dos,
sin querer la deshojamos.

Dol. Así el amor se consume. (Con tristeza.)
¡Qué, torpe, qué torpe fuí!
Ya no tendra sobre ti
dulce imperio su perfume.

Ric. Ya que hemos hecho las paces
no hablemos de cosas tristes.
¿De tus enojos desistes?

Dol. ¡Pero nunca me rechaces!

Ric. ¡Rechazarte yo! ¡Si digo
que eres mi esperanza, que eres
mi salvación! Lola, ¿quieres
venir a Italia conmigo?

Dol. ¿Los dos solos?

Ric. ¡Buena es esa!
¿Pues con quién?

Dol. Alguno más.

Ric. No acierto...

Dol. Ya lo sabrás...
Nuestro amor... (Queriendo decir algo.)

Ric. ¡Dulce sorpresa!
(Interrumpiéndola y creyendo que el amor es el tercero.)
¿Conque la idea?...

Dol. Aceptada.

Ric. ¡Y con qué solicitud

cuidaré de tu salud,
que parece quebrantada!
(Mirando con interés el rostro pálido de Dolores.)

ESCENA VI

DON RICARDO y DOLORES; PEDRO por el fondo; se oye hablar y reir

Ped. ¡Van a llegar!
Ric. Vida mía,
ahora vete.
(Queriendo llevarla; ella resiste algo y se entristece.)
¡Vamos... boba! (Llevándola.)
Dol. El placer que te me roba
cuando casi te tenía.
Ric. Por la segunda escalera
(Acercándose los dos a la puerta de la derecha, Pedro en el fondo, en observación.)
yo te llevaré.
Ped. ¿Los hago
pasar?
Ric. ¡Pues no! Y a Santiago
(Ya están don Ricardo y Lola junto a la puerta de la derecha.)
a ver cómo lo acelera
todo, que no se le aguarde!
Ped. ¿Y la mesa?
Ric. En esta sala.
Ped. ¿De gala?
Ric. Bueno, de gala, (Riendo.)
pero pronto, porque es tarde.
Dol. ¡Malhaya festín que trunca,
Ricardo, nuestra ilusión!
Ric. Yo tengo en el corazón
que no he de olvidarte nunca.
(Salen los dos dejando la puerta abierta.)

ESCENA VII

PEDRO, LUIS, PACO y ANGEL. Pedro acude a cerrar la puerta por donde salieron don Ricardo y Lola en el momento en que entran bulliciosamente los otros.

Luis ¿Por qué cierras, buena alhaja?
Ped. ¡Porque sopla un vientecillo!

Paco ¿Estamos de tapadillo?
Ped. No, señor.
Angel Pues en voz baja
hablaban hace un momento,
mientras tú de de centinela...
Ped. Hablaba el señor.
Luis ¡No cuela!
Aquel dulcísimo acento
cariñoso y argentino
y entre besos expirante,
sólo se encuentra, tunante,
en el sexo femenino.
Ped. Nada vi.
Paco ¡Gota serena! (Riendo.)
Angel Esas cosas no se ven
cuando el amo paga bien.
Luis Anda, prepara la cena.
(Sale Pedro.)
Paco ¿Y qué haremos entretanto?
Luis Explorar en rededor
este campo *¡del honor!*
(Empiezan a mirar por un lado y otro. Desde este momento los criados traen la mesa y la preparan.)
Angel ¡Del honor! Pues campo santo
dí más bien, y el parecido
famosamente señalas.
Si honor muere entre estas galas,
tiene fosa y tiene olvido,
Luis Un frasco de agua de olor.
(Sobre la chimenea.)
Paco Una misiva amorosa.
(En una mesa del fondo.)
Luis Los pétalos de una rosa;
¡triste epitafio de amor!
Angel Un lazo negro... otro gris..
(En otra mesa del fondo.)
Paco Un luto que se atropella.
Luis Siempre *el crimen d ja huella,*
como dijo el otro Luis.
(Mirando al sofá.)
Paco ¿Encontraste?...
Angel A ver, a ver...
(Acudiendo los dos.)
Luis Ya estamos sobre la pista:
(Cogiendo un pañuelo que Lola dejó en el sofá.)
¡Perfumado!... ¡Y de batista
finísima!... ¡Y de mujer!

Paco ¿Y nada el lienzo pregona
en alguna... *rinconada?* (Riendo.)
Luis Una *D* muy bien bordada.
chiquita, elegante y mona. (Pausa.)
Dos lazos de dos colores;
(Como meditando.)
rosa deshojada y muerta;
Pedro que guarda la puerta
y *D* inicial de Dolores...
os digo en verdad que basta
para que entable el fiscal
acusación criminal
que al vil seductor aplasta.
Angel Pues al caso.
Paco Y sin tibieza.
Angel De la defensa me encargo.
Luis ¡Seducción! ¡Brebaje amargo!
Angel Agridulce.
Paco Bien empieza. (Por Angel.)
Luis Una mísera buhardilla
de esta casa en las alturas:
dos humanas criaturas,
dos jergones y una silla.
¡Un anciano ya expirante!
¡Una joven candorosa!
Angel ¿Pero hermosa?
Luis ¡Muy hermosa!
Angel Pues circunstancia atenuante.
Luis Muere el viejo, y el galán
a la niña abandonada,
sin sentido y casi helada
arranca de aquél desván;
y del que pudo su suegro
ser acaso, por tributo
generoso, paga el luto;
y esto explica el lazo *negro.*
Paco Que ha sido el primer indicio
que te llamó la atención.
Luis Y es prueba de convicción
en este solemne juicio.
(Asentimiento general.)
Una prueba y tengo *tres.*
Paco Discurre el fiscal de veras.
Angel Discurres, pero exageras.
Luis Ya te lo diré después.
Clarearon los negros lutos:
llegó la aurora indecisa:

apuntó alguna sonrisa:
la caridad dió sus frutos...
unas telas de París
para el alivio del duelo
trajo Ricardo... y recelo
que aquí encaja el lazo *gris*.

Angel Vestir al desnudo, es paso
de virtud muy noble y alta:
será sobra o será falta
lo contrario en todo caso.

Luis Olvidé, que el caballero
albergó a la niña pura
a mucha menor altura,
es decir, en el tercero:
o por impulso cristiano
de ampararla y protegerla,
o acaso para tenerla
como quien dice, *a la mano*.

Angel ¿Conque ya todo es dañino?
¿Conque en nadie hay rectitud?
¿Desde cuándo no es virtud
dar posada al peregrino?

Luis (Con cierta seriedad y mucha pasión.)
Desde el punto y hora aquella
en que es posada de amor,
y abismo de deshonor
para una honrada doncella.

Angel Voy notando que el fiscal,
aunque a su deber se ciña
al defender a la niña
va pecando de parcial.

Paco Y pondera la discordia
con intención y con arte.

Angel ¡Nada! ¡que pide su parte
de obras de misericordia!

Luis (Cambiando de tono.)
No lo niego ni me pesa:
por esa niña divina,
doy tu Julia, (A Angel.)
(A Paco.) y tu Faustina,
y mi arrogante francesa.
¡Qué candor! ¡y qué reflejos
de pasión y de ternura!

Angel ¡Ay, chico, se me figura
que esos son gustos de viejos!
Dicen autores formales
que el amor, cuando la vida

va ya de capa caída,
toma formas paternales.

Luis Podrá ser: ya lo he pensado.

Paco Pues entabla tu querella.

Angel Si Ricardo está con ella
cada vez más embobado.

Luis (Riéndose de ellos.)
¡Qué inspiración! ¡y qué numen!
¡y qué agudeza, queridos!
¡ni tenéis ojos, ni oídos,
ni un adarme de cacumen!
Permitidme que os aplace...
¿para cuándo diré yo?...
Si esta farsa no acabó
está cerca el desenlace.
Este mueble primoroso,
(Poniendo la mano sobre el sofá.)
del arte moderno emblema,
profundo y sutil problema,
compañero del reposo,
centro de la languidez...
del amor y la fortuna,
unas veces es la cuna
y sepulcro alguna vez.
De Dolores el pañuelo,
por su llanto humedecido,
en él encontré perdido,
y arrojados por el suelo
los pétalos de esa rosa,
ya más cárdenos que rojos,
como míseros despojos
en el borde de una fosa.

Angel Y aplicando antigua ley
tú dices: ¿murió el amor
de Ricardo? Pues, señor,
a rey muerto...

Luis ¡Viva el rey!

Paco ¡Eres hombre de conciencia!

Angel Y que siempre llega a punto.

Paco Pues ahí tienes al difunto.
(Señalando a la derecha, por donde aparece don Ricardo.)

Luis Ya le pediré la herencia.

ESCENA VIII

LUIS, ANGEL y PACO; DON RICARDO por la derecha

Ric. Adiós, Angel. (Dándole la mano.)
(Lo mismo.) ¡Hola, Paco!
¿Cómo va el insigne Luis? (Lo mismo.)
Luis Perfectamente; ¿y el noble
conquistador?
Ric. Así, así.
Paco ¿Conque ya siente cansancio
el Tenorio de Madrid?
Ric. No soy tan viejo, querido,
tan enclenque, ni tan ruin,
que por una cena alegre,
y algunas horas *de aquí,*
(Como tirando cartas.)
y una disputa a la margen
del tapete, y un *¡mentís!*
y una guardia como mía,
recogida y de perfil,
y una parada en tercera,
y una estocada ¡hasta allí!
sienta quebrantado el cuerpo
y el espíritu viril
abatido, cual pudiera
el de cualquier zarramplín.
Treinta y dos años escasos:
independiente y feliz:
mucho dinero: salud:
más duro que un adoquín:
conque a ver si tendré alientos
para mostraros aquí,
que el que siempre he sido soy,
y he de ser hasta morir.
Paco Dice bien.
Angel Es todo un bravo.
Ric. ¡Pedro!... ¡Basilio!... ¡Fermín!
(Llamando y tocando el timbre al mismo tiempo. Aparece Pedro.)
¿Y la cena?... ¡Vamos pronto!
Ped. Al punto se va a servir.
(Antes de que llegue este momento, en la escena anterior, los criados habrán preparado la mesa. La sala queda espléndidamente iluminada.)

Ric. Pero alguien falta.
Angel ¡No es cosa!
Ric. ¡El ilustre Serafín!
¡el asombro de la ciencia!
el que allá en Valladolid,
cortando piernas y brazos
y blandiendo el bisturí,
achicó al moro Almanzor
y en mantillas dejó al Cid,
en esto de matar gente
hasta matar o morir.
Luis Mal compañero tenemos,
Ricardo, para el festín.
Paco Hombre de juicio fué siempre.
Angel De mucho juicio, eso sí.
Luis Y casado y con mujer.
Ric. En confianza: ¡un querubín!
estos sabios se distraen
y en su distración sutil,
sin saber lo que hacen, toman
por compañera una hurí,
amortizando tal prenda
en el casero redil,
que a cualquiera de nosotros
hacer pudiera feliz.
Paco ¡Su conducta es inmoral!
Angel ¡Por lo menos, incivil!
Luis ¿Qué más le daba casarse
con cualquiera fregatriz,
si él no sabe de seguro
si su esposa es un jazmín,
ni ha reparado en la forma
del talle o de la nariz?
Ric. Pues él parece dichoso.
Me lo encontré en Chamberí,
paseando al sol, con dos chicos,
su esposa, y en el atril
del ama, tragando un nene,
con mofletes carmesí,
el líquido generoso
de la pasiega cerril,
que la rebosaba tibio
por los labios de rubí.
Luis ¡Se deleita en la pintura!
(Con asombro tragicómico y volviéndose a los demás)
Paco ¡Ricardo, llegó tu fin!

Angel ¡Esposa, nodriza y rorro!
(Riendo y señalando a don Ricardo.)
Luis ¿Proyectas un cuadro así?
Ric. ¡Dios me libre!
Paco No lo niegues.
Angel ¡Te cogieron, infeliz!
Ric. Cuando digo...
Luis ¡La paloma,
que hizo presa en el neblí!
Ric. Estais pesados, a fe.
Luis Pesados, y tú en un tris.
Paco ¡Acuérdate de Dalila!
Luis ¡De Holofernes y Judit!
Angel ¡Sólo la fuga te salva!
Ric. ¡Vamos, que ya estoy febril!
Ni me caso, ni jamás
daré en ese frenesí,
mientras conserve de juicio
un destello en el magín.
Angel Así sea, para gloria
de la Corte y de París.
(Beben unas copas.)
Ric. Y a propósito, ¿tu chico
sigue allá?
Luis ¡No ha de seguir!
Angel ¿Cuántos años tiene?
Luis ¡Doce,
y es un diablo!
Ric. Gran país
para educar herederos
de tu fama.
Luis Chiquitín,
Alvaro me dejará,
según me escriben de allí.
Ric. Una copa a las futuras
hazañas de tu Delfín.
Angel Para tener hijos, nada,
hay que tenerlos así.
(Beben unas copas.)
Paco ¿Pero no viene ese sabio?
(En este momento dan las doce de la noche.)
Luis Las doce.
Ped. (Anunciando.)
Don Serafín.
Angel ¡Salud al hombre formal!
(Serafín entra por el fondo: todos van a su encuentro.)
Ric. ¡Vaya una hora de venir!

ESCENA IX

DON RICARDO, LUIS, PACO, ANGEL, SERAFÍN, PEDRO y BASILIO. Criados que sirven la cena

Ser. (A don Ricardo.)
¿No me dijiste a las doce?
Pues están dando.
Ric. ¡Por eso!
¡Y esto es un hombre de peso!
¡Del desorden no conoce
la regla más evidente!
Ser. ¿Qué regla es esa, tunantes?
Angel ¡Se viene dos horas antes!
Ric. ¡O a la mañana siguiente!
Paco Pero venir al sonar
la campana, en conclusión,
es darnos una lección.
Ric. ¡Pues a cenar!
Todos ¡A cenar!

(Se sientan todos, quedando don Ricardo en el sitio más visible: en el centro, de cara al espectador, Serafín; junto a don Ricardo debe colocarse Luis.)

Luis (A Serafín.)
Somos buenos, aunque pocos.
Angel (A idem.)
¡Ya verás!
Ser. Pues a mi ver,
esto es venir a caer
en una jaula de locos.
Angel ¡Bravo, chico, bien te arropas
por dentro! (A Paco, que se ha bebido una copa.)
Paco Abriga y no quema.
Ric. ¡Señores!... propongo un tema.
Luis ¡Que no has bebido seis copas!
(A don Ricardo.)
Ric. ¡Señores!... (Con solemnidad cómica.)
Angel ¡Sigue!
Paco ¡Atención!
Ric. Mirando por el novicio,
(Señalando a Serafín.)
que fué siempre hombre de juicio,
os presento esta moción.
Pues traspasó esos umbrales
de la ciencia esta lumbrera,
por esta noche siquiera

procuremos ser formales.
(Muestras de desagrado y reprobación.)

Angel ¡Agitación en las masas!
Paco ¡Murmullos en las tribunas!
Luis ¡Advertencias importunas!
Angel ¡Al enemigo te pasas!
Ric. Hablemos de todo, sí;
(A cada una de estas cosas asentimiento general y aplauso.)
del juego, de las mujeres,
de orgías y de placeres
del humano frenesí.
Todos ¡Se aprueba!
Ric. Pero con tino
y hasta con cierto decoro;
¡porque hay en la costa *un moro!*
Ser. ¡Yo soy el moro! Pues vino.
(Alargando la copa a un criado.)
Paco ¡La réplica de tu homilía! (A don Ricardo.)
Luis ¡Qué vergüenza! (A don Ricardo.)
Angel (A don Ricardo.) ¡Qué lección!
Ser. ¡Choca aquí! (A don Ricardo.)
Ric. ¡De corazón! (Chocan las copas.)
Paco ¡Por su *esposa* y su familia!
(A todos, señalando a Serafín.)
Ric. (A Paco.)
¡Cállate, pobre infeliz!
Angel El sabio no es tan adusto.
Luis Y que ha mostrado buen gusto
al humillar la cerviz.
Angel ¡Gran mujer, por Belcebú!
Ric. Que te pasas de cortés.
Paco Serafín, dinos quién es
el serafín, ¿ella o tú?
Ric. ¡Por Dios, Paco!..
Ser. No me ofendo.
¡A la salud de mi esposa,
que es muy buena y muy hermosa!
(Todos se levantan y beben con gran algazara.)
Ric. ¡No más chistes!
Ser. Pues yo entiendo
que son muy dignos de encomio.
Me sirven, y son baratos.
Paco ¿Te sirven?
Ser. Sí; como datos...
Tengo en planta un manicomio.
(Todos ríen.)

Ric. Yo conozco a Serafín:
(Don Ricardo bebe mucho y empieza a estar pesado.)
si esta noche le espantamos,
¡laus tibi Christi!... quedamos
sin él para otro festín.
¡Consejo que nunca marra
con él ni con otros tales!
Los chistes primaverales
se visten de *hojas de parra.*

Ser. De díscolo no presumo;
por mí no tengáis congojas;
si os hacen falta *las hojas,*
ven acá y esprime el zumo.
(A su criado, que está con una botella. El criado le llena la copa.)

Ric. ¡Qué demonio, descuidarse,
y se queda en seco el labio!
¡Por saber de todo, el sabio
hasta sabe emborracharse!

Ser. ¡Venga Jerez!

Ric. (Ya muy alegre.) ¡Valentón,
no te juzgaba tan fuerte!
¡Tres higas para la muerte,
como dijo Calderón!
(Chocan y beben.)

Angel ¡Una ronda del Madera!

Luis ¡Mujer joven, vino viejo! (Brindando.

Paco Yo quiero de aquel bermejo.
(Señalando a una botella.)

Ric. Pues yo quiero de cualquiera.
(No cesan de beber)

Angel ¡Al que la cepa inventó! (Brindando.)

Luis ¡Señores, al alcoholismo! (Idem.)

Ric. ¡Doctor, brinda tú lo mismo!
(Riendo con risa de embriaguez.)

Ser. ¡Al *delirio tremens,* yo!
(Brindando también.)

Paco ¡Bravo por tu fortaleza!

Luis ¡Serafín, venga la mano!
(Levantándose, yendo al sitio de Serafín y abrazándole.)

Angel Sabio ilustre y campechano,
hablándonos con franqueza,
¿cómo quieres que te den
la *Eva eterna,* si es preciso,
vagando en el Paraíso
o saliendo del Edén?
(Todos ríen.)

Ric. ¡Muy bien dicho... y oportuno!
(Ya embriagado por completo.)
La malicia clara está... (Riendo.)
porque al salir Eva... ya...
y no se ofende a ninguno.
¿Lo ves?... con buenos perfiles (A Angel.)
todo se cubre y abriga...
¡no hay nada que no se diga
con metáforas sutiles!
(Riendo con la malicia y la idiotez de la borrachera.)
¡Por la metáfora brindo!...
(Se levanta vacilante y bebe.)
¡Y Serafín me perdona!
(Angel vuelve a su sitio.)
¡Baco... Venus... y Pomona!
¡Soy clásico, y no me rindo!...
¡Siempre la forma, señores!
¡El eslilo y el ropaje!

Luis Como, por ejemplo, el traje
(Luis está alegre, pero no borracho; tiene su objeto, y su tono es algo camorrista.)
que le trajiste a Dolores,
que cubrió con lindos trazos
y con elegantes pliegues,
tu malicia... no lo niegues...
y tus diabólicos lazos.

Ric. ¿Qué está diciendo ese necio,
de Dolores?... ¡Si creyera!...
(Quiere levantarse y coge una botella: le contienen los demás.)
Pues que diga lo que quiera;
me desprecia y le desprecio.

Paco ¡Bien dicho!

Angel ¡Tiene razón!

Luis ¡Brindo por ella! (Levantando la copa.)

Ric. (Lo mismo.) Es corriente,
pero el que la ofenda, cuente
que le arranco el corazón.

Angel ¡Y lo dice de verdad!

Luis ¿Qué tal el síntoma? (A Serafín.)

Ser. ¡Grave!

Luis ¡Perdió sus alas el ave:
Ricardo su libertad! (Con sarcasmo.)

Paco Si necesitas testigo
para el casamiento... a mí.

Luis ¡Y después a Chamberí,
acompañando a tu amigo!

Ser. ¡Ricardo, a la Vicaría!
Ric. ¡Que no tolero esa charla!
Puedo, si quiero... dejarla...
y la dejo cualquier día.
Luis ¡Nunca... te llama el abismo!
Paco ¡Es ya casi tu mujer!
Ric. ¡Cuando quiera... lo has de ver!
Luis ¡Pues ahora mismo! (En tono de desafío.)
Ric. (Dando un puñetazo.) ¡Ahora mismo!
¿Ahora dices?... ¿De qué modo?
(A pesar de la embriaguez, no quiere hacer aquello de que hace alarde.)
Angel ¡Ya se rinde!
Paco ¡Ya ni bebe!
Ric. Echa más. (A un criado.)
Luis ¡Que no se atreve!
Ric. ¿Que yo no me atrevo?... ¡A todo!
Luis Probemos.
(Saca la cartera y rompe una hoja.)
Toma papel...
lápiz... y la despedida.
(Poniéndole delante papel y lápiz e invitándole a que escriba.)
Y Pedro de una corrida
sube al tercero con él.
Ric. (Entiendo.) (Con cierto embrutecimiento.)
«Luz de mis ojos...
(Escribiendo: todos le rodean.)
Dolores... todo acabó...»
Esto no lo escribo yo.
(Tachando lo escrito.)
«Por besar tus labios rojos...
y tu boca que me abrasa...
y tus trenzas, y tu faz...
soy capaz... y muy capaz,
(Mirando a todos con aire de camorra.)
de pegar fuego a la casa
con tanto chisgarabís
como tengo alrededor,
(Mirando a todos y riendo.)
incluso el sabio doctor
y mi buen amigo Luis.»
¿Qué tal va?... No te decía...
(Dándole el papel.)
Luis Todo va perfectamente;
menos como estás...
(Señalando a la cabeza.)

Ric. Corriente.
¿Menos qué?
Luis La ortografía.
Ric. De mi pluma no respondo...
y son *lapsus linguæ* feos...
¡qué diablos, en el Burdeos
las *haches* se van a fondo!
Luis ¿Enmiendo y dejo cabal
la carta? (Tomando la que escribió don Ricardo.)
Ric. ¿No te lo digo?
¿Para qué sirve un amigo
si no sirve en caso tal?

(Luis se sienta a la mesa, tira la carta que escribió don Ricardo, toma otra hoja de su cartera y escribe. Entretanto, don Ricardo deja caer pesadamente la cabeza sobre la mesa.)

Angel Me voy a contrabarrera.

(Dice esto a Serafín y Paco, y con una copa en la mano va a echarse en un diván.)

Ser. (A Paco en voz baja.)
Algo serio se prepara.
Paco (A Serafín.)
Este Luis nunca repara
en los medios.
Ser. ¡Qué tronera!
Luis (Leyendo lo que ha escrito.)
«Tu amor estaba en un tris:
ha muerto y al extranjero
me voy; te dejo heredero
en mi buen amigo Luis.»
Ahora, firma.
(A don Ricardo con el papel en la mano.)
Ric. ¿Y quedará
(Levantando la cabeza pesadamente.)
todo en regla?
(Luis le pone el papel delante y le da el lápiz.)
Luis Más abajo.
Ric. ¡Válgame Dios, qué trabajo! (Firmando.)
Luis ¡Pedro!... ¡Pronto! (Le habla en voz baja.)
Pedro Bien está.

(Sale Pedro con la carta. Los criados habrán ido saliendo antes; no quedaba ya más que Pedro. Pausa. Hablan en voz baja unos con otros. Don Ricardo como embrutecido.)

Ric. (Aparte.)
(¡Silencio y calma engañosa!
¡El concurso se fastidia!

Y es que me tienen envidia
porque aquélla es muy hermosa.)
Quedasteis petrificados (En voz alta.)
al ver mi resolución.
Soy hombre de corazón
por todos cuatro costados.
¡Esta frase es sólo mía! (Riendo.)
Dime tú, si digo bien. (A Serafín.)
tú que estás fuerte también
como yo, en anatomía.

Ser. Dices bien: tú sólo puedes
llegar hasta mí.

Paco ¡Licores!

(Entra Basilio con una bandeja.)

Luis ¡A la salud de Dolores! (Brindando.)

Ric. ¡A la de todos ustedes!

Dol. ¡Quiero entrar! (Desde fuera.)

Ric. (Levantándose.) ¿Qué está pasando?

Dol. ¡Ricardo!

Ric. ¡Qué voz aquella!

(Luis ríe con risa insultante.)

¡Pues te estampo esta botella
si es que me la estás matando!

ESCENA X

DON RICARDO, SERAFIN, ANGEL, PACO, LUIS, DOLORES y CRIADOS

Dol. ¡Di que es mentira!

(Con el papel en la mano, pálida, desesperada, presa de horrible angustia.)

Ric. ¡Dios mío!

Dol. ¡No, Ricardo!... ¡Si supieras!...
¡Piedad!

(Corre a él, le abraza un instante y se desploma en el bis a bis de la derecha, de modo que su cabeza, doblada sobre el pequeño respaldo del mueble, caiga del lado del espectador. En una palabra: debe buscarse una postura artística.)

Ric. ¡No quiero que mueras!

(Se oprime la cabeza entre las manos; después le toca el rostro a Dolores; después se yergue terrible ante todos.)

¡Cuánto fuego! (Oprimiéndose la cabeza.)

(Tocando a Dolores.)

¡Cuánto frío!
¿Lograis romper estos lazos?
¡Pues os he de ahogar a todos!
¡O del fango... entre los lodos...
o en el nudo de mis brazos!

(Apretando los brazos contra el pecho. La disposición de este cuadro final debe estudiarse cuidadosamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La escena representa la sala baja de una quinta o casa de campo de don Ricardo en la playa malagueña y al lado del mar. Carácter tosco, aunque cómodo, en la habitación y en los accesorios: el suelo con estera ordinaria; delante de las butacas, felpudos; una mesa a la izquierda. En el fondo, un rompimiento, por detrás del que pasa un corredor. Después, en el centro, una puerta que figura ser muy fuerte: es la de salida, tiene cerrojo y una tranca de un lado a otro. A la izquierda, una gran ventana desde la cual se ve el mar: la ventana lleva hojas de madera y otras de pequeños cristales entre cuadros de plomo. A la derecha, una gran chimenea con hoguera encendida. Cerca de la chimenea, un sillón y taburetes. Una pantalla móvil. Contra la pared, cerca de la chimenea o junto a la butaca una mesita. Es la caída de la tarde: poca luz.

ESCENA PRIMERA

PEDRO y BASILIO

Ped. Oscura la noche viene.
(Asomándose a la ventana.)
Bas. Buen nublado nos espera. (Lo mismo.)
Ped. Montañas de agua que avanzan
y entre las rocas revientan.
Bas. Bravo está el mar para verlo
en seguro y desde tierra.
Ped. Fué gusto el de don Ricardo
a esta playa malagueña
venirse con sus achaques,
sus años y sus tristezas.

Cuánto mejor lo pasaba
en París, Londres, Viena,
en cualquiera parte, menos
al pie de salvajes breñas,
el mar delante y detrás
las Alpujarras a cuestas.

Bas Y por toda compañía
los bandidos de la sierra,
que nunca faltan.

Ped. O acaso
cuando los campos verdean,
algún rebaño de cabras
que van rebuscando yerba.

Bas. El caso es que sus caprichos
en nosotros dos se ceban;
y como yo nunca fuí
su pariente, ni en conciencia
me asiste la obligación
de dejarme la pelleja
por él, en este casucho,
granja, quinta o lo que sea,
si esto dura mucho, pido
mi retiro o mi licencia,
y le planto una mañana,
yéndome por esas quiebras,
sin volver la vista atrás,
a la playa de Marbella.

Ped. Yo con mi Antonia me quedo.

Bas. ¡Ya estás tú valiente pieza!

Ped. No te comprendo.

Bas. Tú quieres
comerte sólo la breva.

Ped. Si no te explicas más claro...

Bas. Pues clarito: tú sospechas (Bajando la voz.)
que a don Ricardo... ¿comprendes?
ya poca vida le resta.

Ped. ¡Qué disparate! Tendrá
por mi cálculo... cincuenta...

Bas. Ha vivido tan aprisa,
sobre todo desde aquella
aventura de la joven
del tercero... ¿No te acuerdas
cómo se llamaba?... Tantas
hubo después, que se enreda
mi memoria.

Ped. Sí, Dolores.

Bas. Justo: Lola. Tu parienta

fué en su tiempo... cosa así
como...

Ped. Bueno; su doncella.

Bas. Pues digo que desde entonces
se metió el amo en tal brega
de mujeres y de juego,
camorras y borracheras,
que por cada año bien puedes
poner dos, y son cuarenta.
Súmales los treinta y dos
que tendría, y a estas fechas
si no está en el campo santo
tiene ya la fosa abierta.

Ped. ¿Y qué?

Bas. (Al oído.)
Que del testamento
algún rinconcillo husmeas.

Ped. ¡Siempre fuiste mal pensado!
(Riendo y dándole una palmada.)

Bas. Tú en cambio con juicio piensas.
¡Conque a la parte! (Con misterio y afán.)

Ped. (Dándole un abrazo.) A la parte...
si me ayudas.

Bas. ¡Friolera!

Ped. Es decir, que por ahora...

Bas. Me quedo si tú te quedas. (Con malicia.)
(Ambos se abrazan: ríen muy bajo y miran hacia dentro.)

Ped. Bueno.

Bas. ¡Pero debe estar
muy malo! Con tanta priesa
hizo venir a su amigo
don Serafín de Rivera,
el doctor famoso, que
yo ya le canté el *requiescat*.

Ped. Bueno no está.

Bas. ¡Qué ha de estar!

Ped. Pero quién sabe... pudiera...

Bas. Silencio, que el doctor viene.

Ped. Sonsaquémosle.

Bas. La empresa
no es fácil. Don Serafín
tiene muchísima flema.

ESCENA II

PEDRO y BASILIO; SERAFIN, por el corredor de la derecha.

Ser. ¿Y el amo?
Ped. Pues en su cuarto:
durmiendo estará la siesta.
Ser. muchas horas son.
Ped. Así
es siempre. Si se sublevan
los nervios, como usted dice, (A Serafín.)
¡noches y noches en vela!
Si se aplanan, a dormir,
y ni la historia que cuentan,
la de los siete durmientes,
tiene que ver con la nuestra.
Bas. Y en todo es lo mismo. A ratos
un niño manda más fuerza:
se dobla, y los pies arrastra
de tal modo, que da pena.
¡Ni oye, ni ve, ni comprende!
Ped. Y otras veces, ¡Santa Tecla!
tales sacudidas da
que ni Juan, el de la huerta,
puede sujetarle: ¡un Hércules!
Bas. Pero es cosa pasajera,
y después ¡qué postración!
Ser. La parálisis que llega.
(Como hablando consigo.)
Ped. ¿Dice usted algo?
(Pedro y Basilio le observan y se le acercan.)
Ser. No a fe.
Bas. Pedro afirma que es la *médula*;
una cosa que nos baja
por la espalda y se blandea.
Ser. ¿Tú entiendes de eso también?
Ped. Oigo hablar y algo se pesca.
Don Angel de eso murió:
y don Luis; si es la dolencia
de moda: a la gente fina
por ahí la carcoma entra.
Ser. Puede que tengas razón.
Ped. Y volviendo a nuestro tema:
¿no es verdad que el amo está
(Acercándose con afán.)
muy grave?

Ser. Si os interesa
mucho su vida...
Ped. ¡Veinte años
a su servicio, ya engendran
cariño!
Ser. Es muy natural.
Bas. Es de ley.
Ped. Es de conciencia.
Usted se marcha...
Ser. Esta tarde.
Ped. ¿Y sólos con él nos deja
sin nadie de la familia?
Ser. No la tiene, y no se crea
de repente, porque así
a nuestro interés convenga:
o se renuncia a sus goces
o se toma con sus quiebras.
Ped. Por eso digo: pongamos,
que de repente nos llega...
(En voz baja y acercándose a él.)
el suceso...
Bas. Que no tiene
todas sus cosas en regla...
(Los dos le asedian de modo y le miran de manera que él adivina su intención.)
Ser. Ya hablaremos de ese asunto
más tarde.
Ped. ¿Cuándo?
Ser. A mi vuelta.
Ped. ¿Pero está herido de muerte?
Ser. De muerte tiene sentencia.
(Hacen Pedro y Basilio un movimiento.)
Como la tuya y la mía;
por eso hay que estar alerta.
Para todos crimen es
la vida: la muerte, pena;
lo que la capilla dure
es toda la diferencia. (Se separa de ellos.)
Ped. No hay modo de sonsacarle.
(A Basilio, en voz baja.)
Bas. Ya lo dije: es mucha flema.
(A Pedro, lo mismo.)
Ser. Y don Alvaro, ¿no ha vuelto?
Bas. No, señor.
Ser. ¿Y ese se queda?
Ped. Así parece.
Ser. (Pensativo.) ¡Qué diablo!

¿A qué vendrá ese tronera
por aquí? ¿Lo sabes tú? (A Pedro.)

Ped. Pues para dar una prueba
de interés a don Ricardo.
Digo yo.

Ser. ¡Famosa idea!
¿Para visitar enfermos,
desde Madrid a estas breñas,
sin tener obligación
ni ser ésa su carrera,
a toda prisa venirse
en la época de las nieblas,
el perdido más ilustre
de aquella impura colmena?
¿Para velar a un amigo
de su padre, la ruleta
desertar; a sus queridas
conceder amplia licencia,
y prescindir de caballos,
escándalos y quimeras?
¿De virtud por un acceso,
ese mozo sin conciencia,
abandonar de la corte
la vida alegre y ligera,
en que del vicio al rescoldo
se consumen y se secan,
como hace poco decías,
por el alcohol y las hembras,
tantos manojos de nervios,
sarmientos de aquella hoguera?
Eso es poco verosímil;
tan poco, que no me cuela.

Ped. Como el padre de don Alvaro
fué don Luis, y don Luis era
tan amigo del señor...

Ser. ¡Muy amigo!...
(Aparte.) (Y si no media
quien yo me sé, se dividen
por mitad los dos colegas.)

Ped. Por eso pensaba yo...

Ser. No, pues la razón no es esa.
Aquí hay algo; ese tunante.
alguna infamia proyecta.
Alrededor de esta quinta, (A Pedro.)
o a la falda de esa sierra,
¿hay?...

Ped. ¿Lobos?

Ser. No digo lobos.
Ped. ¿Ovejas?
Ser. Tampoco ovejas.
Ped. ¡Cabras! En el monte, muchas.
Ser. No te pregunto por esas.
Muchachas de buen palmito.
Ped. ¡Ca, no, señor; lugareñas!
Ser. Pues ello es algo; que el mozo
viene olfateando una presa.
Ric. ¡Repare usted! El amo.
Bas. Sí.
(Asomándose a la puerta de la derecha.)
Ser. Veremos cómo se encuentra.

ESCENA III

SERAFIN, BASILIO, PEDRO y DON RICARDO. Don Ricardo aparece en la puerta de la derecha, y en su quicio se apoya sin poder seguir. Está muy envejecido, más por estragos de sus pasiones que por el peso de los años

Ric. ¡Maldita debilidad!
¡Hola! ¿Eres tú, Serafín?
Ayúdame, Pedro.
(Acuden Pedro y Basilio y entre los dos le traen al sillón que está junto a la chimenea. Sentándose.)
Al fin.
Ser. ¿Qué tal vamos?
Ric. En verdad
que voy ganando terreno.
Dolerme, nada me duele;
con tal que no me desvele
en adelante, estoy bueno.
Como yo fuerzas conquiste
y como vuelva a tener
sangre roja, vuelvo a ser
el de siempre.
(Mira con mirada burlona y provocativa a Serafín.)
Si viniste
para asistir a mi entierro,
ya puedes tomar el alta.
Lo único que me hace falta,
Serafín, es mucho hierro.
Y así te parecerás (Riendo.)
en algo a tu amigo. (Hablando por sí.)
Ser. ¿En qué?
Ric. De punta lo propiné:

(Imitando una estocada)
tú en píldoras me lo das.

Ser. Estamos de buen humor.

Ric. Un poco.

Ser. Ya me lo explico.

Ric. Yo soy el de siempre, chico.
(Pausa. Don Ricardo parece inquieto. Serafín le observa.)
¡Pero aquí siento calor!
¡Siento angustiosos afanes!
¡Esas llamas me sofocan!
(Se revuelve con agitación.)
¡Y nada, aquí me colocan!
¿No os tengo dicho, holgazanes,
que el fuego siempre me aplana
o me excita? ¿No sabéis
que quiero que me llevéis
al par de aquella ventana? (A los criados.)

Ped. Perdone el señor. (Se acerca a él y Basilio.)

Ric. ¿Qué modo
es ese y a qué venís?

Bas. A llevarle.

Ric. ¿Presumís,
sin duda, que yo del todo
estoy impedido? A ver
cómo marcha un moribundo.
(Se levanta con gran esfuerzo, y, arrastrando los pies y con mil angustias, llega al sillón de la ventana. Todos le siguen a cierta distancia como para acudir a él, aunque los va separando con energía.)
Lo que dijo Segismundo:
«¡Vive Dios, que pudo ser!»
(Basilio y Pedro hablan en voz baja.)
¡Y aún tengo fuerza bastante,
si os ponéis a murmurar,
para tiraros al mar!
Conque os quitais de delante.
(Pedro y Basilio salen por el corredor de la derecha.)

ESCENA IV

DON RICARDO y SERAFIN

Ric. Lo de siempre: ya lo ves;
mala gente y gente roma:
no hay cariño y no se toma
nadie, por nada, interés.

Dejémoslo: ya está así.
¿Conque te vas?
Ser. Ahora mismo.
Ric. Pues también es egoísmo
el tuyo: dejarme aquí
enfermo y de esta manera.
Ser. Ya lo veo, y no me agrada.
Pero escriben de Granada
que mi famiia me espera.
Ric. Ahí tienes lo que te digo,
contestando a tanta homilia:
de eso sirve la familia:
impedir que un buen amigo
se sacrifique por otro
¡y hacer que le deje inerte,
o en las ansias de la muerte,
o en las angustias de un potro!
Buen ejemplo de honradez
es este que me habeis dado:
si no te hubieses casado...
Ser. Es posible que a mi vez
(En tono de broma.)
hubiera ido por tus fases:
mujeres, juego y orgía,
y hoy, hijo mío, estaría
para que tú me cuidases.
Ric. Descuida si fuí importuno;
lo dije como al descuido,
que, por lo demás, querido,
no necesito a ninguno.
Y a los tuyos, ¿qué les pasa
por allá, que te han llamado?
Ser. Tengo un niño delicado,
y otra chica, que se casa.
Ric. ¡Famosamente descuella (Con sarcasmo.)
la ventura de tu hogar!
Te vas en posta a cuidar
¡de un niño y de una doncella!
(Riendo. Pausa.)
¡Brisa de Sierra Nevada
que al pobre rapaz constipa,
y al papá suegro que equipa
a la joven desposada!
Y después, de cuando en cuando,
muñecos que van viniendo:
tu casa que va creciendo:
tu vida que va menguando:

hijos, nietos a montón
que se esparcen por tu hogar,
y que puestos a la par
en correcta formación,
la escala son de himeneo
que sube por semitonos,
ellos cada vez más monos.
¡y tú cada vez más feo!

Ser. Todo tiene doble faz:
ya placeres, ya quebrantos.

Ric. Te dejo con tus encantos
y me quedo con mi paz.
Ni yernos, ni amas, ni rorros:
yo me voy al cementerio
como cumple a un hombre serio,
sin equipajes ni engorros.
Mira...
(Señalando por la ventana: ya casi es de noche.)
Su negro crespón
extiende la noche inmensa,
y en las nubes se condensa
entre sombras el turbión.
Oleaje que nada aplaca
llega a la costa y la abruma,
deshaciéndose en espuma,
recogiéndose en resaca.
Los caminos, barrizales:
los elementos, en guerra:
las gargantas de la sierra
gargantas de vendavales.
Y yo en mi concha metido,
sin preocuparme por nada,
siguiendo la llamarada
del hogar enrojecido:
sin que jamás por fortuna
me cause necia inquietud,
de una mujer la virtud
o de un niño la vacuna:
sin pensar (los remolinos
del agua al ver, cuando llueve),
si alguien que mi sangre lleve
irá por esos caminos;
o si saltará el pudor
de una niña enamorada,
del libertino la osada
ansia ciega del amor.
Y como libre viví

(Procurando mostrar indiferencia y egoísmo, pero sin conseguirlo.)
de cuanto liga y abruma,
tan sólo me ocupo en suma
de mis nervios y de mí.
Y aunque a veces sufre el alma,
(Empezando a agitarse.)
otras se olvida de todo...
y esto es dicha, en cierto modo,
y hasta cierto punto, calma.
(Cada vez más agitado.)

Ser. Si eres tan dichoso, al fin
hay que aplaudir tu sistema.
¡Resolviste el gran problema!

Ric. ¡Dichoso, no, Serafín!
(Agarrándose a él con ansia febril. Después sigue con repentino arranque.)
¡Los latidos de ese mar
anhela mi corazón!
¡y el agua de ese turbión,
mis ojos, para llorar!
¡Porque mi ser se derrumba!
¡y mi carne se estremece!
¡y esta soledad parece
la soledad de la tumba!
¡Quisiera de cualquier modo
tener a cualquiera aquí,
y hacerle llorar por mí,
para no morir del todo!
¡un amor en que apoyarme!
¡algún cariño a que asirme!
¡un palmo de tierra firme
que encontrar al desplomarme!
¡Que con mis ruines despojos
todo no ha de perecer,
mientras me quiera otro ser,
mientras me lloren sus ojos!

ESCENA V

DON RICARDO y SERAFIN; ALVARO, por el corredor o por la puerta que da al campo

Alv. ¿Quién con tan profundo acento,
(Deteniéndose un instante en la puerta. Quizá convendría algún relámpago al tiempo de presentarse. Esto según sea el público.)

al declinar de la tarde,
bajo el capuz de las sombras
y al estruendo del oleaje,
declama cosas, que deben
ser, sin duda, interesantes,
cuando el enfermo se anima
y olvida el doctor su viaje? (Con tono burlón.)

Ric. El mismo enfermo. Recuerdos
de otro tiempo.

Alv. ¿Algún percance
amoroso?

Ric. Puede ser;
y si viviera tu padre...
(Con tono rencoroso y animándose.)

Ser. ¡Por Dios, Ricardo!
(En voz baja y conteniéndole.)

Alv. ¿Quizá
tomó en la aventura parte?
(Se va a la chimenea y desde allí habla.)

Ric. Justamente: una traición
como suya, que costarle
pudo la vida.

Alv. Ya sé;
ya estoy al cabo del lance. (Riendo.)

Ric. ¿Que tú conoces?...

Alv. Se trata
de una Lola...

Ric. ¡No, de un ángel!
(Con violencia. Serafín lo contiene.)

Alv. Todas lo son hasta que (Con sarcasmo.)
las blancas alas se caen.
Pero están tan mal prendidas
o son acaso tan frágiles,
que entre los brazos se quedan
siempre del primer amante.
(Don Ricardo hace un movimiento; luego se contiene.)

Ric. Si fuerzas quieres que cobre,
(A Serafín en voz baja.)
no más mejunges me mandes,
me aplicas cinco minutos
la charla de ese bergante,
y me siento ya capaz
por el balcón de arrojarle.

Alv. No pienso que tome usted
(Observándole y acercándose.)
mi doctrina y mi lenguaje
como falta de respeto;

pues refieren los anales
de la vida alegre, que
mi don Ricardo del Valle,
fué lo que se llama un hombre
de empuje en sus mocedades.

Ric. Es cierto; pero jamás
cuando me hallaba delante
de gente que por sus años. .

Alv. Perdone usted si olvidarme
(Con exagerado respeto.)
he podido... Francamente,
nunca pensé que en la clase
figurara usted tan pronto
de jubilado o cesante. (Con oculto sarcasmo.)

Ric. Lo dije por el doctor, (Recobrándose.)
que a mí no me espanta nadie.
En pegar una estocada,
poner mi fortuna a un naipe,
deshonrar a una mujer
o ser con ella un infame,
no me ganaba ninguno
en la corte, ni tu padre.
(Con profunda intención.)

Alv. En su última enfermedad
que vino a durar... cabales...
cuatro años... el buen señor
perdió el genio. Los achaques
tienen eso. No lo digo
por usted, que está flamante.

Ric. Como me ponga el doctor
a estas piernas dos puntales...
¡lo que es brazo!... te desarmo
cuando quiera... y a contarte
me comprometo...

Alv. (Con sorna.) Ya sé:
los seis botones. ¡Qué diantre!
es que tiro con la izquierda.

Ric. Pues entonces los ojales.
(¡Yo le diré a este insolente!)
(Bajo a Serafín.)

Ser. Que corre mucho la sangre;
(Tomándole el pulso.)
que bate el pulso de prisa.

Ric. Ojalá que nunca pare.
Y tú, ¿cómo conociste (Alto a don Alvaro.)
a Dolores?

Alv. Fué mi padre.

Tres años ha la encontró...
qué sé yo... quizá en la calle.
Ella estaba en la miseria.

Ric. (Con ansia mal contenida)
Y Luis... su vida galante...
¿continuaba... por entonces?

Alv. (Después de una pausa)
No, señor; estaba exánime.
(Aparte con sonrisa sarcástica.)
¡Celos póstumos!

Ric. (Aparte a Serafín) ¡Qué risa!
¿Te parece que le agarre
y le extrangule?

Ser. ¡Ricardo!

Ric. Fuerza ya tengo bastante,
y perder, nada se pierde.

Ser. ¿Y qué se gana?

Ric. ¡Quién sabe!

Alv. Pues el buen señor andaba
con la conciencia cobarde,
y dió en proteger a Lola,

Ric. ¿Y después?

Alv. Se puso grave...

Ric. ¿Y se murió?

Alv. Y yo quería
a mi vez amparo darle.

Ric. ¿A Dolores?

Alv. Sí, señor.
En sus últimos instantes
el moribundo me impuso
esa obligación. Azares
de la vida. Yo supongo
que a usted algo semejante
le habrá sucedido.

Ric. (Con tono sombrío y agitándose.)
Sí.

Alv. Y que usted, en casos tales
se habrá portado lo mismo
que yo me porté.

Ric. (Con profunda amargura.) Es probable.
¿Estaba hermosa?

Alv. Sin duda;
pero yo no iba a fijarme
en la triste dolorosa
teniendo tan cerca un ángel...
una vecina.. ¡un capullo! (Precipitadamente.)
(Tente; lengua, no desbarres.) (Aparte.)

Ser. Deja este asunto, Ricardo.
Te fatiga.
Ric. (A Serafín.) ¡Calla!
(A Alvaro.) Dame,
de su habitación las señas.
Alv. ¡Las señas! Si ya no valen.
voló el pájaro y la jaula
se quedó con sus alambres,
pero sin el inquilino.
Ric. ¿Y a dónde fué?
Alv. No se sabe.
Ella estaba muy enferma.
Ser. Pues razón para quedarse.
Alv. Hay dolencias que apetecen
nuevos sitios y otros aires.
Ser. (Aparte)
(Este no lo dice todo.)
Ric. Y tú... ¿cómo te portaste
con ella?
Alv. Como debía.
¡Por Dios, don Ricardo, calle,
que me avergüenza! ¡Es posible,
en caso tal olvidarse
de las últimas palabras
de un anciano agonizante!
Me porté como se portan
los sujetos de mi clase;
la respeté se lo juro.
Ric. Ya hiciste más que otro infame
que yo conozco. (Con gran agitación.)
Ser. ¡Ricardo!
Ric. ¡Mira aquel tronco cómo arde!
(Señalando a la chimenea.)
¡oye el viento cómo sopla!
¡escucha el ronco oleaje!
¡todo lucha, se revuelve,
se consume y se deshace! (Pausa.)
Ser. (Observándole con interés.)
¿Qué tienes? ¿acaso el vértigo?
Ric. ¡No... su recuerdo... su imagen!...
¡Aquella noche!... ¡los dos
(Con agitación creciente.)
sin sentido, y por contraste
doloroso, en nudo estrecho
el amor con el ultraje!
¡Ella la afrenta en el alma
y yo el alcohol en la sangre!

Alv. (En voz baja a Serafín.)
¿Es el acceso nervioso?
Ser. (En voz baja a Alvaro.)
El acceso. Hay que dejarle,
que en sus raptos de locura
ese anciano es un atlante.
Ric. (Con acento de rencor profundo.)
¡Nos separasteis!
Ser. ¿Qué hacer?
Ric. Lo que se hace en casos tales.
¡Yo con mis bascas al lecho!
¡Y la infeliz a la calle!
¡a donde van los despojos
de todo placer infame!
Ser. A su cuarto la subimos.
Después huyó... la buscaste...
Ric. ¡Ocho días .. nada menos!
¡ocho días fui constante!
¡y luego a Francia!... ¿Por qué
no vino Lola a buscarme?
(Cogiendo por un brazo a Serafín.)
Ser. Su dignidad ..
Ric. Eso al pronto;
¿y al otro día?
(Atrayendo a Serafín.)
Más tarde
una historia me contaron.
¡Que a la madrugada, exánime,
en una obscura calleja,
como andrajo miserable
la recogieron!... ¡Que fué
al hospital! (Angustiándose mucho.)
Alv. Es en balde
cuanto ahora se aflija.
Ric. (Reponiéndose y mirándole receloso y avergonzado.)
¡No...
no es que me aflijo! Los lances
de mi juventud recuerdo;
¡mis víctimas, mis afanes,
mis traiciones... vaya, en suma,
de mis glorias el balance!
Ser. Pues no hablemos más de Lola.
Ric. No hablemos, si esto os complace.
¿Y me dejas?
Ser. Es preciso.
Ram. (En la puerta del fondo.)
Está esperando el carruaje.

Ser. Sin embargo... si te sientes...
Ric. ¿Me tomas por un cobarde?
Alv. Y además me quedo yo.
Ric. Por mí, no: puedes marcharte.
Alv. Me agrada esta tierra mucho:
a menos que no se canse
usted de mi compañía.
Ric. ¡En cincuenta años cabales
no me cansé de mí mismo
más que a ratos!
Alv. Gracias.
Ric. (A Serafín.) ¡Dame
tu brazo! (Poniéndose en pie.)
Las piernas, siempre..
Ven a mi cuarto un instante:
(A Serafín caminando muy pesadamente.)
hemos de hablar. Yo quisiera
mi testamento entregarte.
¡Flotó la pobre Dolores
sobre el cieno de mi sangre!
¡Y desde que estoy aquí
ni un solo punto su imagen
me deja!
Ser. ¡Por Dios, Ricardo!
Ric. Vamos, que ya se hace tarde.
Alv. ¡Gallarda marcha! Esas fuerzas...
Ric. Ya irán volviendo a su cauce,
(Cerca de la puerta.)
Tu simpática presencia
que me estimula, tunante.
Alv. ¿Es ironía o cariño?
Ric. Cariño... ¡como a tu padre!
(Salen don Ricardo y Serafín por la puerta de la derecha.)

ESCENA VI

ALVARO y RAMON

Alv. ¿Hiciste lo que mandé?
Ram. Sí, señor; punto por punto.
Alv. Es delicado el asunto
y muy grave.
Ram. Ya lo sé.
Llegaron a la estación
en el tren de ayer mañana.

Alv. ¡Mi sospecha no era vana!
¡Acerté! ¡Bravo, Ramón!
(*Dándole una palmada en el hombro.*)
Dolores tanteando a Juan,
que fué siempre un majadero,
sonsacarle el paradero
de su perdido galán;
saber ella que Ricardo
en esta quinta vivía
y encontrarme al otro día
con el solemne petardo
de que volaran las dos
de la noche a la mañana...
¡como la luz meridiana
era claro, vive Dios!
(*Aparte.*)
(Comprende Lola que adoro
a Carmen con ansia loca;
que en vano la pobre invoca
su virtud y su decoro;
que yo avanzo paso a paso
a medida que ella cede...
y como ya nadie puede
darle protección, si acaso
llegase a morir su madre
de viudez o de morriña,
¡viene a poner a la niña
bajo la égida del padre!
¡Ruin proyecto y torpe afán!
¡Un libertino machucho!
(*Señalando hacia dentro.*)
¿Qué puede el viejo aguilucho
contra el joven gavilán?)
¡Sigue, sigue! (*Con ansia a Ramón.*)
Ram. Pues tomaron
un mal carro en la estación,
y anda que anda el matalón,
hace tres horas llegaron
a la venta de allá enfrente;
una legua... poca cosa...
Alv. ¿Y mi Carmen?
Ram. Muy hermosa.
Alv. ¿Y su madre?
Ram. Muy doliente.
Alv. Bien está. Mira, te pones
mañana en acecho y ves
si salen...

(En esfe momento aparece Serafín en la puerta de la derecha.)

Basta; después
te daré mis instrucciones.

ESCENA VII

ALVARO y RAMON, SERAFIN, por la puerta de la derecha. PEDRO, BASILIO y ANTONIA, en el corredor, junto a la puerta de salida esperando a Serafín para despedirle. Traen luces, las colocan sobre la mesa de la izquierda; ya es de noche. La puerta del fondo abierta

Ser. Mi despedida cordial.
(Dando la mano a Alvaro.)
Y que recobren ustedes
la salud.
Alv. Tantas mercedes
aprecio. Pero en plural
habló usted, y con franqueza
mi enfermedad no la vi.
Ser. De las piernas el de allí,
pero usted de la cabeza, (Se dirige al fondo.)
o quizá del corazón. (Aparte.)
Alv. ¿Es cosa grave? (Riendo.)
Ser. Muy grave.
Alv. ¿Será preciso?...
Ser. ¿Quién sabe?
Acaso la amputación. (Se despide riendo.)
Ant. ¿Y el amo? Dígame usté...
¿Hay esperanza?
Ser. Veremos.
Ant. Pues nosotros suponemos...
Ser. Cuidarle... y yo volveré.
Ped. Ya está todo en el carruaje.
Ser. Adiós, Antonia. (Ya en el corredor.)
Ant. ¡Dios mío,
(Asomándose a la puerta.)
qué noche!
Bas. ¡Qué viento frío!
Ser. Basilia... Pedro...
Todos ¡Buen viaje!
Ant. ¡Que a todos encuentre bien!
Ser. Ese es el mejor encuentro.
Alv. Vente conmigo allá dentro.
Ser. (A Ramón.) Que no perdamos el tren.
(Se van al corredor por la derecha.)

ESCENA VIII

PEDRO, BASILIO y ANTONIA. Es de noche cerrada. Antonia se acerca a la chimenea. Basilio viene a avivar el fuego del hogar. Pedro queda cerrando la puerta, echando cerrojo y tranca

Ped. Aviva el fuego. (A Basilio.)
Bas. Eso hacía.
Ant. Cierra bien la puerta, Pedro.
Ped. Aunque de nada me arredro,
(Viniendo al proscenio)
esta noche no saldría...
qué sé yo... ¡ni aunque me dieras!...
Ant. Pues fué de balde el doctor.
(Sentándose junto a la chimenea.)
Bas. ¡Si lleva el tronco mejor!
(Sentándose también.)
¡dos potros que son dos fieras!
Ped. (Echandose cómodamente en la butaca de don Ricardo.)
Desengáñate, Basilio,
mejor lo paso esta noche
que en diligencia o en coche,
en mi honrado domicilio;
oyendo rugir al mar,
oyendo silbar al viento,
mientras miro soñoliento
el rescoldo del hogar.
Y más, si Antonia quisiera
(Mirándola con ternura.)
obsequiarnos...
Bas. ¡Ya adivino!
Ped. Con aquel selecto vino,
¡que dicen que es de madera!
Bas. ¡Buena madera! ¡Soberbios
puntales debe tener!
Ant. Es el que suele beber
el señor para los nervios.
Bas. Por eso y no por goloso
me muestro tan impaciente.
Ped. Por eso precisamente,
¡por el sistema nervioso!
Ant. ¿Y si se acaba?
Ped. Reclamo
al mayordomo y lo envía;

y en todo caso, hija mía,
eso ya es cuenta del amo.

Ant. ¿Y si lo llega a saber?

Bas. ¿Y cómo?

Ant. Viniendo acá.

Bas. ¡Venir él! (Riendo.)

Ped. ¡Pues bueno está!

Bas. ¡Si no se puede mover!
(Riendo con Pedro.)

Ped. ¡Vamos, Antonia! (Suplicando.)

Bas. Prudencia
tendremos. Yo, sólo un vaso.
(Antonia se levanta de mal humor.)

Ped. Trae unos bizcochos de paso.

Ant. Os va sobre la conciencia.
(Sale por un instante.)

Ped. Eso es justo y natural;
(A Basilio, con sorna.)
si la conciencia está dentro,
cayendo dentro, a su centro
va ese néctar celestial.

Bas. ¿Y don Alvaro?

Ped. Acostado
sin duda.

Bas. ¿No se marchaba?

Ped. Echa más leña, se acaba
el fuego.

Bas. ¿No has sospechado
por qué motivo o razón,
se queda en este vergel?

Ped. Tan perdido como aquél,
(Señala adentro.)
y con menos corazón,
no será por nada bueno.

Bas. Pues don Ricardo sería
lo que fuese, ¡mas tenía
sangre!

Ped. Y el de arriba, cieno.

Bas. ¡Meterse en este cubil,
qué singular maniobra!

Ped. Por hacernos mala obra
y bebernos el barril.
(Entra Antonia con una bandeja con bizcochos, dos botellas y tres copas; todo lo pone en la mesita, junto a la chimenea.)

Ant. Don Alvaro pidió dos,
y dos que me traje acá

con toda su boca está
diciendo el tonel, ¡adiós!
Ped. ¿Y los bizcochos?
Ant. También.
¡Borrachines, holgazanes!
Ped. Mira, Antonia, no te afanes
que nos conocemos bien.
Ant. Pero yo, mucho mejor.
Ped. Mira, mujer, no es pecar
cuando hace frío, buscar
por fuera y dentro calor.
(**Echando vino en las copas**)
Ant. Nada, qué no está bien hecho.
(**Tomando una copa.**)
Yo del amo.. el interés...
lo tomo.. como tú ves... (**Bebiendo la copa.**)
Ped. ¡Muy a pecho!
Bas. ¡Muy a pecho!
Ped. No te pese, ni te duela;
para todos hay reclamo,
cuando era joven el amo,
¡cuánta alegre francachela!
¡cuánto banquete nocturno!
¡cuánto báquico festín!
pues la rueda giró al fin,
y nos llegó nuestro turno.
Lo que él ha tomado, tomo;
(**Tomando una copa y un bizcocho,**)
lo que él ha probado, pruebo,
y su madera me bebo,
y sus bizcochos me como,
Y que él lleve con paciencia·
allá en su lecho de pluma,
en los huesos el reúma
y el recuerdo en la conciencia.
Ant. En eso dijiste bien,
¡que lo que hizo con Dolores!...
Ped. ¡Mira, mujer, no nos llores!
¡Que siempre a Antonia le den
esos tragos por gemir!
Bas. En cambio a ti por callar.
Ant. ¡Es que no puedo olvidar!...
Ped. ¡Déjanos beber!
Bas. Y oir.
Ant. ¡Me parece que la veo
aquella noche! ¡Subió
como loca! ¡Se arrojó

sobre un sofá!... «¡Yo deseo
morir, morir!», repetía.
«¡Quiere arrojarme en el fango!»
Mientras el otro zanguango
su borrachera dormía.

Ped. Pues en eso se equivoca.
(A Basilio, refiriéndose a su mujer.)
Permítame que le arguya.
(Interrumpiendo a Basilio que quiere decir algo.)
Cada cual duerme la suya,
Antonia cuando le toca.

Ant. Llegó el alba, alzó la frente,
me dió un abrazo y se fué.

Bas. ¿Dónde?

Ant. ¿Dónde? No lo sé.
Los de la tienda de enfrente...
los del comercio de Hernando,
dos meses después la vieron
rondar la casa, y dijeron
que era un cadáver andando.
Ni antes ni después, señal
dió de sí la pobre Lola:
acaso se murió sola
de pena en el hospital.
¡Y en tanto el rendido amante
triunfando en el extranjero!
Dame otra copa, que quiero
castigar a ese tunante.

Bas. Pues otra vuelta.

Ped. Otra vuelta.

Bas. Mira, que ya está beodo.

Ant. Sus víctimas en el lodo
y él durmiendo a pierna suelta.
(Siguen bebiendo. Suena la campana de la puerta.)
¿Suena la campana?

Ped. No.

Ant. Pues me parece que siento...
(Vuelve a sonar, pero débilmente.)

Ped. Debe ser el viento.

Bas. El viento.

Ped. Acaso Antonia dejó
alguna ventana abierta...

Ant. Otra vez... (Vuelve a sonar.)

Bas. ¡El amo llama!

Ped. Es el huracán que brama. (Bebiendo.)

Ant. ¡Pero si es la de la puerta!
(Llaman de nuevo.)

Bas. La de la puerta, cabal.
Ant. Que están llamando te digo. (A Pedro.)
Ped. Bueno, pues será un mendigo;
que se acoja al soportal.
Bas. ¡Debe estar hecho una sopa!
(Brilla un relámpago en la ventana.)
Ant. Santa Bárbara bendita (Persignándose.)
que en el cielo estás escrita...
Bas. ¡Buen relámpago!
Ped. (Vuelven a llamar.) Otra copa.
Bas. Con ese repiqueteo
el amo va a despertar.
(Se levanta, lo recoge todo y lo lleva a la mesa de la izquierda.)
Ant. No es lo mismo descansar,
a medida del deseo,
bajo caliente edredón
y sobre una buena almohada,
que con la ropa calada
sufrir ventisca y turbión.
Ped. No le despierta ese ruido;
o si acaso ha despertado...
media vuelta al otro lado
y otra vez queda dormido!
Bas. Soy del mismo parecer.
Carmen ¡No hay aquí un alma cristiana!
(Desde fuera.)
¡Por la Virgen soberana!
Ant. ¡Pero si es voz de mujer!
(Acercándose a la puerta.)

ESCENA IX

PEDRO, BASILIO, ANTONIA y DON RICARDO; después CARMEN

Ric. (Apareciendo en la puerta de la derecha.)
¿No estais oyendo llamar? (Con voz colérica.)
Ant. En efecto... yo creí...
(Todos se acercan al fondo.)
Carmen ¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡A mí!
(Desde fuera con voz ahogada.)
Ric. ¡Acudid!... ¡Pronto!... ¡Gritar
casi no puede!...
(Pedro y Basilio van a la puerta; don Ricardo avanza penosamente, apoyándose en los muebles, y al fin en la butaca. Estimulándoles.)

¡La tranca!...
¡Si aun está el cerrojo echado!
¡Por Cristo que estás pesado! (A Pedro.)
¡Gracias a Dios que está franca!
(Pedro abre la puerta, Carmen entra casi sin aliento; Pedro, Basilio y Antonia le salen al encuentro; don Ricardo queda en pie junto al sillón; por la puerta se ve todo negro; la puerta se queda abierta; Alvaro aparece después con Ramón en el corredor y observa.)

Carmen ¡No puedo! .. ¡No puedo más!
¡Mi pobre madre!... ¡Dios mío!
¡Todo negro!... ¡Cuánto frío!

Ped. ¿Qué quieres? (Todos en el corredor.)

Bas. ¿A dónde vas?

Ant. ¡Vamos, niña!...

Carmen ¡Por amor
de la Virgen, buenas gentes! (Suplicando.)

Ped. Nosotros somos sirvientes;
allí tienes al señor.

Carmen ¿Dónde?... ¿Dónde?... ¡Que mi vista
se anubla!... Sí, ya le veo.
(Penetra en la sala y se acerca suplicante a don Ricardo.)
Señor... yo... sólo deseo...
que a mi madre... ¡Dios me asista!
(Pasando la mano por los ojos.)
Del otro lado del río...
¡Buen señor!... ¡Por caridad!...
Para mi madre... piedad...
para mí .. nada... ¡Dios mío!
(Cae sin sentido a los piés de don Ricardo.)

Ant. ¡Pobre niña!
(Todos acuden a socorrerla; Alvaro da unos pasos. Don Ricardo los contiene con el ademán.)

ESCENA X

DON RICARDO, CARMEN, PEDRO, BASILIO, ANTONIA, ALVARO y RAMON

Ric. ¡No os la cedo!
¡Ni os necesito!... Yo basto.
(Arrodillándose y queriendo levantarla.)
En vano mis fuerzas gasto ..
estoy muy débil... no puedo.
¡Yo que alcé tanta hermosura

del fango en el lupanar,
ya no puedo levantar
a esta pobre criatura!
¡Fuerzas!... ¡Alientos!... ¡Salud'...
¡Energías que codicio!...
¡Os gastasteis en el vicio!
¡Ya... ni para la virtud!
(Alvaro se adelanta. Carmen en tierra: junto a ella, de rodillas, don Ricardo; los demás fordando grupo a cierta distancia.)

Alv. ¡La pobre niña se muere!
Ric. ¿Qué buscas tú?
Alv. Me dijeron,
que a una joven recogieron...
y por eso... si usted quiere,
bien puedo ayudarle...
Ric. (Rechazándole.) ¡No!
Alv. Como guste, no porfío.
(Retirándose con cierto aire muy disimulado de burla. Don Ricardo, estimulado por la presencia de Alvaro, levanta a Carmen y la coloca en el sillón.)

Ric. Ya ves que aun conservo brío;
ya ves que aun me basto yo.
(Queda en pie junto al cuerpo de la joven.)
Por si fuera menester,
que no lo creo, y te aviso,
y es el médico preciso
para esta pobre mujer,
mientras la vuelvo a la vida
y sus angustias acallo,
ten a mi mejor caballo
con el sillín y la brida. (A Ramón.)
Arriba, tú, a descansar,
mientras a ti no recurra. (A Alvaro.)
Vosotros a lo que ocurra.
(A Pedro y Basilio.)
Yo con Antonia a velar.
Y esta es la primer velada,
la primera de mi vida,
en que el alma está metida
en alguna empresa honrada.
Conque ahora vamos a ver
qué es mejor, en puridad,
si una obra de caridad
o una noche de placer.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Es todavía de noche. La ventana cerrada: cerrada la puerta del fondo. Una luz en la mesita; en ella copas de cristal y un jarro de agua de finísima cristalería. La chimenea encendida: delante de ella, la pantalla.

ESCENA PRIMERA

RAMON, junto a la puerta de la derecha, oyendo atentamente

Parece que ya se calma.
(Viniendo al centro.)
Pues, señor, ¡buen enfermero!
Con aires de fortaleza
y con paternal afecto,
a Carmen quiso cuidar
don Ricardo; y el aliento
la niña apenas recobra,
cuando ya lo pierde el viejo,
en un ataque nervioso
según costumbre rompiendo.
Solo que que es hombre de bríos,
y hasta el último momento
quiere mostrarnos el pobre
lo que ha sido en otro tiempo.
¡Diablo! Y aun hoy mismo tiene
dos puños, que ni de hierro.
¡Qué tenaza! ¡Yo creía
que me tronchaba los huesos!
(Mirándose los puños. Vuelve a mirar a la puerta de la derecha.)

Ahora la niña le asiste
con Antonia. El blanco lienzo
que se ponen las Hermanas
de la Caridad, un cielo
haría de ese palmito
con su purísimo cerco.
Carmen por ahí concluirá,
cuando don Alvaro, dueño
de su hermosura, y cansado,
que en él demuestra el ejemplo
que es todo uno, la despida
diciéndole con gracejo:
«Hasta aquí llegamos, Carmen;
si te quise no me acuerdo.»
¡Don Alvaro es el demonio!
Pero él se acerca. Silencio.

ESCENA II

RAMON; ALVARO, en gran estado de excitación

Alv. ¿Y don Ricardo?
Ram. Mejor.
Alv. ¿Y Carmen?
Ram. Pues allá dentro.
Alv. (Se acerca a la ventana y la abre unos instantes.)
Tarde la mañana llega;
pero ya se va tiñendo
con una cinta de luz
el horizonte a lo lejos.
¡Aurora de mis amores,
guarda, guarda tus incendios,
que aún necesito tus sombras
y tus nubarrones densos!
(Cierra la ventana y vuelve a mirar por la puerta de la derecha.)
¡Qué hermosa está, destrenzados
y en desorden los cabellos!
¡qué palidez en tu rostro
tan divina! Si el infierno
(Viniendo a donde está Ramón y cogiéndole por un brazo.)
se me pusiera delante...
Ram. No abrigue usté ese recelo:
delante nunca se pone;

si ha de venir, viene luego,
según el sermón que el cura
predicó ayer en el pueblo.

Alv. Mira, Ramón, es preciso
que no perdamos el tiempo.
La ocasión es *una sola*,
y es ésta. ¿No la aprovecho
o por tímido o por torpe?
¡Pues entre Lola y el viejo
la cogen y está perdida!

Ram. Para usted: ya lo comprendo.

Alv. ¡Para el amor y el placer,
que es lo único que hay de cierto!
¡Para el amor, que es la vida
mientras lo anima el deseo!
Pero cállate y escucha:
(En toda esta escena muy agitado y mirando siempre con recelo a todas partes.)
no me distraigas.

Ram. (Apretándose los labios.)
¡Un muerto!

Alv. En el caballo que tú
preparaste, mandé al pueblo
a Basilio.

Ram. ¿Para qué?

Alv. Para que nos traiga un médico.
(Con risa irónica.)
Que Carmen estaba mala;
que a don Ricardo los nervios
le bailaban: cualquier cosa;
ya comprendes; un pretexto.
Quitarnos gente de encima,
eso importa a mi proyecto.

Ram. ¡Bueno será!

Alv. Como mío.
Ya verás: ya vendrá luego.
Carmen dijo, según tú
me contaste hace un momento,
que entre mortales desmayos
en la venta de Anacleto,
del otro lado del río,
quedaba su madre.

Ram. Cierto.

Alv. Que le dijeron que aquí
por acaso estaba un médico,
y que, buscándolo, vino
a los últimos reflejos

del día; que se perdió...
la historia que ya sabemos.

Ram. Precisamente.

Alv. Pues bien:
y esto es fino y hasta nuevo;
a la venta, por la enferma,
con un carro mandé a Pedro.

Ram. ¡Le estorbaba a usted la gente
y se la echa encima! (Con asombro.)

Alv. ¡Necio!

Ram. Llegarán...

Alv. Sin duda alguna:
llegarán... pero no a tiempo.
¡Si pensarás que yo soy
novicio en estos enredos!
Aún dispongo de tres horas:
me basta con mucho menos.
La servidumbre que queda
duerme allá en el otro cuerpo
del edificio, de modo
que en éste...

Ram. Voy comprendiendo.

Alv. Los dos; Antonia, mi Carmen,
y si antes no muere... el viejo.

Ram. Lo que es de Antonia me encargo:
debe tener mucho sueño:
ha velado y ha bebido...

Alv. Perfectamente.

Ram. Y le ruego
que se vaya a descansar.

Alv. Y queda el campo por nuestro.
Ahora es preciso que enganches,
y el coche tengas dispuesto.

Ram. ¿Y yo en el pescante?

Alv. Claro.
Y nada más. Yo me quedo.
Y bien a bien, si ella cede,
como es natural y creo
dada su inocencia, o bien
por la fuerza, si otro medio
no me resta antes del día,
entre mis brazos la llevo.

Ram. ¿A dónde?

Alv. ¡Con ella, a dónde
he de ir yo, si no es al cielo!
¡Mira, mira, estoy febril!
Hace tres años que espero,

hace tres años que lucho,
hace tres años que anhelo
esta dicha, y siempre está
a mi alcance y siempre lejos.
¡Tu ternura para mí! (Mirando por la puerta.)
¡Para mí tus ojos negros!
¡Tus súplicas... para estímulo!
¡Tu llanto... para beberlo!
¡Los tesoros de tu amor...
para pasto de mis besos!

Ram. El lance, señor, es grave,
Las consecuencias...

Alv. No cuento
nunca con ellas. Será
lo que sea. Mi deseo
realizo. Venga después
lo que quiera; no lo temo.
Que al mundo podré decir,
si viene con aspavientos,
¿me condenas o me envidias?
¿eres hipócrita o necio?
¡Ya fué mía esa mujer!
¡arráncame ese recuerdo!

Ram. ¿Y don Ricardo?

Alv. Su escuela
sigo, debe estar contento,
que glorias de los discípulos
son glorias para el maestro.

Ram. ¡Eso es locura!

Alv. ¡Insensato!
Amar mucho y estar cuerdo,
¿es posible? Si por una
hermosa no enloquecemos,
¿para cuándo es el delirio
en el fondo del cerebro?
Te encargas de Antonia: el coche:
me esperas.
(Mirando a la puerta de la derecha.)
Vete; que creo
que ella viene.
(Ramón sale por el corredor de la derecha.)
¡Noche, sombras!
¡Calma, fiebre! ¡Astucia, pecho!
(Se retira cautelosamente al fondo, y desde allí observa.)

ESCENA III

CARMEN y ALVARO. Carmen viene por la derecha

Carmen ¡Pobre señor, ya descansa!
¡Y qué lástima! ¡es tan bueno!
Dice esa mujer que ha rato
le mandó a mi madre un médico.
Sin duda el que estaba aquí,
el que en la venta dijeron
que era de la corte, y que era
¡un sabio! Vamos, acierto
he tenido. Mas también
he pasado mucho miedo
y mucho frío, ¡qué noche!
¡qué noche! ¡cuando me acuerdo!
Alegra esa roja llama,
y dulce calor el fuego,
al acercarse al hogar.
presta a mi aterido cuerpo.
(Acercándose a la chimenea.)
Cuando llegue la mañana,
además, me prometieron
llevarme a la venta. ¡Ay, madre!
¡ay, madre! si yo me veo
en tus brazos y consigo
verte dichosa, prometo
bordarle un escapulario
a la Virgen del Carmelo,
aunque tenga que reunir
de limosnas el dinero.
(Alvaro se ha ido acercando lentamente.)

Alv. ¡Carmen! ¡Carmen!

Carmen ¡Virgen mía!
(Se vuelve, le reconoce y retrocede con más espanto que regocijo.)
¿Tú estás aquí?

Alv. ¿Cómo no?
¿No lo estás tú?

Carmen Pero yo...
es distinto. Yo creía...

Alv. ¡Que iba a ceder, a olvidar,
a perderte!... ¡pues no a fe!
Te hice seguir, te alcancé,
y te tengo a tu pesar.

Carmen Como marché de improviso... (Disculpándose.)

Alv. ¡Y alegre, feliz, serena!
Carmen ¡Eso no, con mucha pena!
pero mi madre lo quiso.
Alv. ¿Dispuesta a olvidarme ya?
Carmen ¡Olvidarte! ¡no lo creas:
eso nunca! Cuando leas...
mi última carta... Si va
por mi llanto desteñida,
y por mi boca, al besarla..
ya ves tú, quise copiarla,
¡pero estaba tan rendida!
¡Si no se puede leer!
¡si hay más lágrimas que letras!
¡olvidarte! ¡bien penetras
el amor de esta mujer!
Pero me dijo «no quiero»
mi madre, y obedecí,
que mi madre para mí
en el mundo es lo primero.
Alv. ¿Antes que yo?
Carmen ¡Qué egoísmo
es el tuyo! ¡Antes que todos!
Por estos o aquellos modos
siempre vuelves a lo mismo.
¡Empeñado en que no quiera
a mi madre!
Alv. ¡Qué locura!
Aunque yo sé que procura
convencerte, que es quimera,
o aborto de Satanás,
el amor que nos abrasa,
puedes quererla sin tasa,
con tal que me quieras más.
¡Como yo! Si no te pido
nada que yo no te dé.
Ni tanto. ¿Pero por qué
me condenas al olvido?
¿Dudas de mí?
Carmen ¡Si no puedo!
pero a veces me confundo:
me inspiras amor profundo
¡pero me das mucho miedo!
¡Cuentan cosas de tu vida!...
No es que crédito les dé,
porque hay gentes, ya lo sé,
de una intención muy torcida.
Mas vacila mi razón

y con extraña violencia.
huye, dice la conciencia,
ama, dice el corazón.

Alv. Ahí tienes lo que decía:
no me quieres como yo.
Nuestro amor, ¿qué te inspiró?
¡miedo! Lo has dicho.
(Conteniendo un movimiento de Carmen y con fingida amargura.)
¡Alegría,
goce, fiebre, dicha inmensa
siento en cambio! ¡Tan cobarde
no soy como tú!... ¡Ya es tarde!
(Previniendo otro movimiento de Carmen.)
Se dice lo que se piensa.

Carmen ¡Perdóname! sin doblez
expresé mi pensamiento,
pero me duele y lo siento...
si herir pude tu honradez.

Alv. (Fingiendo pena, pero con mucha dulzura.)
Y me has herido de suerte
y con tan profunda herida,
que ya para mí la vida
es lo mismo que la muerte.
Mis palabras no te alarmen...
si no son quejas ni enojos...
es que se arrasan mis ojos...
¡que me has hecho llorar, Carmen!
(Se cubre el rostro con las manos y cae en el sillón de la izquierda, fingiendo desesperación.)
¡Yo que quiero a esta mujer!...
(Con arranque apasionado.)
¡El cielo me es buen testigo!...
¡Pero para qué lo digo
si ella no me ha de creer!

Carmen ¡Eso no: bien claro vi,
que fué mucha mi crueldad!
¡Lloraste: dices verdad:
me quieres más que yo a ti!
Pero, Alvaro, también soy
muy necia y muy desconfiada.

Alv. ¡Carmen! ¡Carmen adorada! (Levantándose.)
¡Dame tu mano!

Carmen La doy
como prenda de confianza.

Alv. (Cogiéndole la mano.)
¡Como prenda de consuelo!

Carmen ¡Y perdóname!

Alv. ¡Mi cielo,
mi sola fe... mi esperanza!
(Pequeña pausa.)
Cuando te hable mal de mí
tu madre, no la creerás.
¿No es cierto? Tú le dirás,
las pruebas que yo te dí
esta noche de respeto.

Carmen Es verdad.

Alv. Y que tu mano
estreché como un hermano
solamente.

Carmen Lo prometo.

Alv. Que anhelo hacerte mi esposa...

Carmen ¡Alvaro, por Dios, no mientas!

Alv. ¡Yo, mentir! ¡Carmen, me afrentas;
pude pensar otra cosa!
(Le suelta la mano y se separa de ella con fingida dignidad.)

Carmen (Acercándose a él con ansia.)
¡Gracias!... ¡Gracias!... ¡Qué alegría!
¡Ahora que en tus ojos leo
la verdad, ahora te creo
como a mi madre!
(Acercándose más y juntando las manos como con infantil adoración.)

Alv. (Aparte, con infernal expresión de triunfo.)
¡Ya es mía!

Carmen ¡Si es milagro que me quieras
con tanto dudar de ti!
¡Cuánto habrás sufrido! Di,
¿no es verdad?

Alv. ¡Si tú supieras!
¡Con las pruebas que te doy!
¡Con este amor que me mata!
y tú siempre...

Carmen ¡Siempre ingrata!
(Aparte.)
(¡Muy mala, muy mala soy!)

Alv. (Aparte, después de cogerle la mano y atraerla a sí.)
¡No recojas tu crespón,
sigue, noche, un punto más,
y en mis brazos la verás
esclava de mi pasión!
¡Breve el plazo, corto el trecho,
la cárdena luz de Oriente,

verá su pálida frente
sobre mi abrasado pecho!
Basta, basta... que nos ciega
(Alto y separándose dulcemente de ella.)
el delirio. Tu decoro
es lo primero: te adoro...
pero la mañana llega,
y aunque el alma me taladre,
te llevo, niña adorada,
que no has de estar separada
por más tiempo de tu madre.

Carmen Con mi madre, dices bien.

Alv. Antes que acabe la noche.
Hice preparar un coche
y yo contigo también
iré... si no es que ofendida...

Carmen Está claro: sola, no.

Alv. ¡Entregar mi Carmen yo
a gente desconocida!
¡Entre sombras y maleza
y entre revueltos breñales
abandonar los cristales
divinos de tu pureza!
Nunca: a tu lado, eso sí:
¡en el placer y el dolor;
para vivir por tu amor
o para morir por tí!

Carmen ¡Y qué hermosa es la esperanza,
y cómo el pecho respira
cuando un hombre nos inspira
orgullo, amor y confianza!
Porque hablando de esta suerte,
robando así mi albedrío,
si me engañases... ¡Dios mío!...
¡merecerías!...

Alv. ¡La muerte!
¿Otra vez dudas?

Carmen ¡No quiero
dudar! no dudo de nada:
estoy sola: soy honrada:
te amo y eres caballero.

Alv. (La coge de la mano y la lleva hacia el fondo.)
Pues ven.

Carmen Sí, pero es preciso
despedirme de ese anciano.
¡Fué tan bueno! ¡tan humano!
¡Recibir el pobre quiso

en la noche borrascosa
y fría de tal manera
a la triste pordiosera,
porque yo no era otra cosa,
que es muy natural que bese
al partir su mano fría
igual que la besaría
a mi padre si viviese!

Alv. Privado está de razón. (Llevándola.)

Carmen Lo estuvo; mas volvió en sí. (Resistiendo.)

Alv. (Lo mismo que antes con enojo reconcentrado.)
¡Ya te olvidó!

Carmen No: le oí
palabras de compasión
en las pocas que decía,

Alv. Como siempre, deliraba.

Carmen (Todo esto con dulzura y perfecta inocencia.)
No le creas: se acordaba
de todo y me conocía.
Pero observa, viene aquí.
(Mirando a la derecha al pasar por delante de la puerta.)
Así acabaré más pronto.
(Desprendiéndose de Alvaro.)

Alv. (Aparte.)
(Imposible, yo no afronto
su presencia.) Pues allí
te aguardo. (Dirigiéndose al fondo.)
(Volviendo y en voz baja.) Y mira, no gasta
cumplimientos, ni su estado
los consiente. ¡Está cansado!...
Un adiós... un beso... y basta.
(Se dirige al fondo.)
Vuela el tiempo. Calma y tino.
¡Un obstáculo! No importa.
La despedida muy corta.
(Desde el fondo a Carmen.)
¡No me cierres el camino!
(Aparte a don Ricardo, que aparece. Sale por el corredor.)

ESCENA IV

CARMEN y ANTONIA; RAMÓN, sosteniendo a DON RICARDO, por la derecha

Ric. ¡Os figuráis que me muero!
Más aprisa: el suelo es llano.

Ram. (Aparte.)
(¡Cómo se crispa su mano!
¡parece un garfio de acero!)

Ric. No duermo esta noche ya.
He de velar, aunque enferme.
¡Ese mar tampoco duerme!
¡Por algo despierto está!
¡Pero él sigue... aunque rebase!
¡Y yo soy barro y me quiebro!
(Deteniéndose con fatiga y pasándose la mano por la frente.)
¡Cuánta vida en el cerebro!
¡Y cuánta muerte en la base!
¡Esto es inicuo y cruel!
Hundirse torre tan alta
porque el cimiento le falta
¡sobrándole capitel!
(En ademán desesperado. Vuelve la cabeza a uno y otro lado mirando a Antonia y Ramón.)
¡Os espanta ver mi ceño
y mi faz descolorida!
Mucho más daño en la vida
(Como en secreto a los dos.)
hizo mi rostro risueño,
que no mi semblante adusto.
(Sigue andando y se aproxima al sillón.)
Hubo que temblarme a mí (Como antes.)
tan sólo cuando reí.
(Sentándose.)
Bien está: ya estoy a gusto.
(Pequeña pausa: mira a todos lados. Carmen está retirada: no la ve todavía.)
De la mañana el albor (Mirando a la ventana.)
aun no llega. ¡Qué porfía!
¡Cuánto tarda el nuevo día
en las noches de dolor!
¡Pero también estoy loco!
¿Cómo he de ver la mañana
si cerrásteis la ventana?
¡Abridla!
(Antonia va a ella y la abre de par en par: aún es de noche.)
Nada, tampoco.
(Después de mirar atentamente, quitándose la luz de la chimenea de los ojos.)
Si es de noche y está oscura
su esfera por todas partes,

por más ventanas que apartes,
¿qué he de ver más que negrura?
(Ríe con angustia.)
¡Como si quisiera ver
alegres celajes rojos,
los cristales de mis ojos
en la noche de mi ser!
¿Pero qué estáis esperando?
(A Ramón y Antonia.)
No necesito a ninguno.
Idos todos. Importuno
es vuestro servicio cuando
quiero estar solo.

Carmen ¡Señor!...
(Acercándose tímidamente.)

Ric. ¿Quién eres tú?... (Mirándola.)
(Dulcificando la voz.) Ya lo sé.
No creas que me olvidé.
Estoy enfermo, el dolor
me hace divagar a veces...
son vértigos .. son accesos...
Lo que dije fué por esos.
¡Pobre niña!... ¡Tú mereces
más dulzura!... Yo te ví
ha poco de tal manera...
(Con mucha compasión.)
Vosotros os marchais fuera.
(A Ramón y Antonia.)
Ella velará por mí.

Ant. Sin embargo...

Ric. ¿Qué nos pasa?

Ram. Según dicen...

Ric. ¿Qué es según?
No estoy tan enfermo aún
que ya no mande en mi casa.
(Les señala la salida imperiosamente, y salen por el corredor Antonia y Ramón.)

ESCENA V

CARMEN y DON RICARDO

Ric. ¿Por qué estás tan lejos? ¿Temes
mis enojos?

Carmen (Acercándose.) No señor;
sé que es muy bueno.

Ric. (Sonriendo.) En rigor
es muy posible que extremes
mi bondad más de lo justo.
Soy viejo, estás contrariado
y mis frases te habrán dado
por lo menos un buen susto.

Carmen Susto, no. Me daba pena
el ver lo que usted sufría.

Ric. ¡Horriblemente, hija mía!
Pero tú... ¿te sientes buena?

Carmen Por completo. Si era frío.

Ric. (Encogiéndose en el sillón.)
¡Mucho frío, mucha helada
debe haber! La madrugada
me entumece.

Carmen Si desvío
la pantalla un poco... a ver...
(Separa la pantalla de la chimenea a un lado, dejando que llegue a don Ricardo el calor de la llama.)
¿Está bien?

Ric. ¡Perfectamente!
¡Un rayo tibio en mi frente!...
¡siento un consuelo, un placer!...
Gracias, niña por tu afán;
esos que estaban aquí
nunca me la han puesto así,
¡mira qué torpes serán!
Un enfermo es casi un niño:
y ya ves, la gente extraña
no tiene gusto ni maña,
ni sobre todo cariño.

Carmen ¿No tiene usted hijos?

Ric. No,
¿Y tú tienes padres?

Carmen Sí.
Mi madre, cerca de aquí,
pero mi padre murió.

Ric. Pues yo estoy abandonado:
solo: en poder de esa gente.

Carmen ¡Pobre señor! (Secándose los ojos.)

Ric. ¡Qué inocente!
¡Qué buena!... ¡pues no ha llorado
por mí!... ¡No sé qué me pasa!
¿es dolor o es alegría?
El primer llanto, hija mía,
que han vertido en esta casa
por este viejo, es el tuyo.

¡Murió tu padre! Pues ven.
(Acercándola a sí y besándola en la frente.)
Un beso. Y otro también.
Uno mío: y otro suyo.

Carmen Cálmese usted.

Ric. ¡Cuán extraño
movimiento en mis ideas!
Esta agitación, no creas,
no creas que me hace daño,
al contrario, siento calma.
Yo pensé siempre que un beso, (Aparte.)
¡era fuego! ¡Pues no es eso!
¡Es frescura para el alma!
¡La he besado! ¡y es mujer!
¡y es divina su belleza!
¡El beso de la impureza
no es el que da más placer!

Carmen (Aparte, observándole.)
(Parece inquieto... Vacilo,
y temo...)
(En voz alta.) ¿Quiere que llame?

Ric. ¿Para qué? Siéntate y dame
tu mano. Ya estoy tranquilo.
(Carmen se sienta a su lado en un taburete y le da la mano.)
¡Nada, que tenemos hombre!
Revivo como esas llamas.
Y dime, ¿cómo te llamas?

Carmen Carmen.

Ric. Sí: bonito nombre.
Hablemos de tu excursión
de esta noche. Yo estoy bueno.
¿Conque te cogió de lleno
el maldito chaparrón?

Carmen Sí señor. ¡El cielo, fragua
por el rojo centellear!
¡y la tierra casi un mar!
¡y el aire revuelto en agua!
(Don Ricardo se agita en su sillón.)
¿Qué tiene usté?

Ric. Impertinencias
de mis nervios. Cuando hablaste
del frío, ya despertaste
en ellos reminiscencias
de un campo todo nevado,
y sentí en mis venas hielo;
¡ahora del agua del cielo,

pobre niña, me has hablado,
y me devora la sed!
¡y en tazones de cristal
ver quisiera un manantial
brotando de esa pared!
Siempre mi deseo ha sido
imperioso y más con fiebre.

Carmen Pues su voluntad no quiebre
(Con mucho cariño y dulzura.)
ni esté por eso afligido,
que es muy fácil tanto bien (Sonriendo.)
y sin esfuerzos supremos!
agua fresca ya tenemos.
(Cogiendo de la mesita un jarro de cristal y una copa)
y limpio cristal también.
Ya pasó la calentura
(Dándole una copa que bebe con ansia.)
y se borran sus resabios
humedeciendo los labios
del líquido en la frescura.

Ric. ¡Es verdad! ¡tienes razón!
¡La fuente de tu pureza
a saciar, Carmen, empieza
la sed de mi corazón!
(Pausa. Se agita de nuevo.)
¡Aire... más aire... si hay modo!
(Respirando con dificultad.)

Carmen Pues dejar entrar la brisa...
(Va corriendo a la izquierda y abre un poquito la ventana.)
pero sólo la precisa.

Ric. ¡Con qué tino lo haces todo!
(Mirándola embobado.)
¡Vamos, que eres un encanto!
¡Me das... calor y frescura...
para la sed... agua pura...
para mis tristezas... llanto!
Yo no sé qué más harías
si tu propio padre fuera.

Carmen ¡Ay, señor, yo bien quisiera
darle muchas alegrías!
¡las más puras! ¡las mejores!

Ric. Eso es ya mucho pedir;
me basta si he de sufrir,
conque aplaques mis dolores.
¡Alegrías! ya jamás.

Ir muriendo sin dolor..
y mira, niña, en rigor
no merezco mucho más.
Y para eso ven aquí:
(Se acerca a Carmen.)
mucho más cerca: a mi lado:
(Se sienta junto a él.)
deja a este viejo olvidado,
y hablemos sólo de ti.
Que cada cual sólo alcanza
lo que tiene merecido:
yo, cuando más, el olvido:
tú, lo menos, la esperanza. (Pausa.)
¿Tú has vivido en esa sierra?

Carmen Nací en la patria del Cid.

Ric. ¿Vienes de alla?

Carmen De Madrid.

Ric. ¡De Madrid! Muy mala tierra.

Carmen Somos pobres, y mi madre,
que está muy enferma... claro,..
viene buscando el amparo...
de un amigo y de mi padre.
¡Pedigüeñas enojosas!
(Con humildad y tristeza.)
¡Pero inútil ha de ser,
(Con cierta ligereza, propia de sus pocos años y de su inocencia)
porque en llegándola a ver
le he de contar muchas cosas!

Ric. Si son secretos...

Carmen ¡No tal!
Y para usted, a quien debo
la vida.. Mas no me atrevo...
no sé por qué...

Ric. (Algo afligido.) ¡Es natural!

Carmen No se ponga de ese modo.

Ric. ¡La desconfianza está alerta!
(Entre resentido y triste.)

Carmen La prueba de que no acierta,
es que va a saberlo todo.

Ric. ¿Cosa grave? (Sonriendo.)

Carmen Por supuesto.
Es que cambia nuestro estado.

Ric. Pues, ¿qué ha pasado?

Carmen (Lo dice de pronto.) Ha pasado
que voy a casarme presto.
(Queda después como avergonzada.)

Ya lo dije... no sé cómo...
pero lo dije... (Aparte.) (Mejor;
es muy bueno este señor,
y de aquí pretexto tomo (Con cierta malicia.)
para hablarle de su amigo,
porque Alvaro debe ser
amigo suyo.)

Ric. (La contempla sonriendo.)
A poder,
a la boda por testigo
fuera yo.

Carmen Ya se me alcanza
que es acaso atrevimiento
hablar de mi casamiento,
pero es tanta la confianza
que usted me inspire...

Ric. Haces bien.
Y el novio, ¿es joven y honrado?

Carmen El... como tal se ha portado.
Y usted lo sabe tan bien
como yo: mejor quizás.

Ric. ¿Que yo lo conezco?

Carmen Mucho.
Si es don Alvaro.

Ric. (Con asombro y espanto.) ¡Qué escucho!
¿Don Alvaro?

Carmen Sí.

Ric. ¡Jamás!
¡Ser abyecto y corrompido,
burlador de las mujeres!
¡Si con el alma le quieres,
para siempre te has perdido!
¡Corazón que no se ensancha
si el vicio no lo alimenta,
que goza con lo que afrenta
y vive con lo que mancha!
¡Huye de él, ser desdichado,
y no te apartes de mí! (Abrazándola.)
¡Que venga tu madre aquí,
y hasta entonces a mi lado!
(La pasa de la izquierda a la derecha, la hace ponerse de rodillas y la aprieta contra sí: movimiento rápido.)

Carmen Mi cariño le esclaviza.

Ric. No es cariño, que es antojo.
¡Mira ese carbón, qué rojo!
Vuelve luego, y es ceniza.

Carmen Le he visto llorar por mí.

Ric. ¿Lágrimas por ti vertió?
Las conozco, porque yo
muchas como esas vertí.

Carmen Juró ser mi esposo.

Ric. Es cosa
tan sencilla, que con creces
la he jurado yo mil veces:
y ya ves, ni hijos ni esposa.

Carmen ¡Esa duda horrible empaña
todo mi cielo!

Ric. Con tal
que te salve, menos mal.

Carmen ¿Tan fácilmente se engaña
a una mujer, Dios clemente?

Ric. ¡Qué sabes tú, pobre ser!
¡Cuando quiere la mujer
de veras, muy fácilmente!

Carmen Me da usted miedo, señor.
(Queriendo alejarse: él la sujeta.)

Ric. Esa es la palabra: ¡miedo!
Yo también: porque no puedo
(Con angustia.)
defenderte a mi sabor.
¡Espera... espera! ¿Le has visto
esta noche?

Carmen Hace un instante,
tierno, rendido y amante.

Ric. Lo supongo, ¡vive Cristo!

Carmen No es usted justo: al regazo
de mi madre me decía
que él mismo me llevaría.

Ric. ¡Me conozco en ese lazo!
¡Llama al momento!
(Carmen corre al fondo y tira del cordón de una campanilla. Pausa: ansiedad: no viene nadie.)
¡Otra vez! (Nueva pausa.)
¡Basilio!... ¡Pedro!... ¿Qué pasa?
¿No queda gente en mi casa?
¡Ahora verás su honradez! (A Carmen.)
¡Se me salta el corazón!
¡Todos al momento aquí!

Carmen Cálmese usted.

Ric. (Abrazándola con cariño.)
¡Es por ti!

Carmen ¡No viene nadie!

ESCENA VI

CARMEN y DON RICARDO; RAMON por el fondo.

Ric. ¡Ramón!
Llama a Basilio.
Ram. No está.
Ric. ¡Que no está! ¡Lo necesito!
Ram. Lo ha mandado el señorito
al pueblo.
Ric. ¿Y a qué?
Ram. Será...
buscando, sin duda alguna,
un médico.
Ric. Llama, pues,
a Pedro.
Ram. Vendrá después,
porque a la venta con una
comisión...
Ric. (Con ansia.) ¿De quién?
Ram. Del amo:
se fué hace rato gruñendo.
Ric. Pues Antonia.
Ram. Está durmiendo:
se sintió mala. Y si llamo
a la otra casa, el pastor
tiene un sueño, y es tan bolo...
Ric. ¿De modo que estás tú solo?
Ram. Para servir al señor;
que con gusto probaré
por si mi torpeza alcanza...
Soy el criado...
Ric. De confianza
de don Alvaro: lo sé.
Ram. Por eso no se disguste
el señor, que yo confío...
Ric. Eres suyo, no eres mío,
con que vete.
Ram. (Sale por el fondo.)
Como guste.

ESCENA VII

CARMEN y DON RICARDO

Ric. ¿Lo ves?.. ¿Lo ves?... ¡Vive Dios,
que la sangre se me inflama!
¡Ya está patente la trama!
¡Nos conocemos los dos!
¡Mira el infame bosquejo!..
¡Una mujer... como presa!
¡Cómplice... la sombra espesa!
¡Defensor... un pobre viejo!
¡Y decías que era honrado!

Carmen ¡Me tortura usted... me espanta!

Ric. ¡No sé cómo el cielo aguanta
seres como ese malvado!
(Pausa: se revuelve con angustia.)
(¡Pero yo hice más! Lo advierto (Aparte.)
cuando ya no lo concibo.
¡Yo la defiendo! ¡Estoy vivo!
¡Y aquel viejo... estaba muerto!)
¡Ven, separarte no intentes! (Alto.)
¡Mi brazo aún tiene poder!
¡Yo te puedo defender
con las uñas, con los dientes,
en esta asquerosa guerra;
pero el padre de Dolores, (Aparte.)
cuando logré sus amores,
ya era un puñado de tierra!
¡Ay, qué angustiosa ansiedad!

Carmen ¿Qué tiene usted?... ¡Por favor!

Ric. ¡Me parece que es mayor
cada vez la obscuridad!
(Carmen se dirige al fondo inquieta y apurada.)
¡Su padre!... ¡Siempre su padre!
¡Y ella... vería en mi agonía!
¡Dolores... Dolores mía!
(El primer grito en voz muy alta; el segundo más ahogado.)

Carmen ¿Hablaba usted a mi madre?
(Inclinándose sobre él.)

Ric. ¿Tu madre se llama así?
(Con sorpresa y cierto angustioso presentimiento.)

Carmen Dolores Mendoza, sí.

Ric. (Da un grito o hace lo que la inspiración dicte al actor.)
¿Tú, quién eres?... ¿Yo, quién soy?

¡Más cerca!... ¿No puedo verte?
¡Esto es quizá que me muero!
¡No, todavía no quiero!
¡Fuera, sombras!... ¡Lejos, muerte!
Oiste a tu madre decir...
de tu padre... el nombre?

Carmen ¡Apenas!
Llorando siempre sus penas
lo solía repetir.

Ric. ¿Cuál era? (Con ansia suprema.)

Carmen Ricardo.

Ric. ¡Ay, Dios!
¡Ella... sí... divinos lazos! (Abrazándola.)

Alv ¡Carmen!
(Desde el fondo. Alvaro entra por la puerta del fondo y la deja abierta. El día empieza: se ve su claridad por la ventana y por la puerta del campo el lejano horizonte.)

Carmen ¡Alvaro!

Ric. ¡Mis brazos!
¡Aquí muy juntos los dos!
(Estrechándola fuertemente, poniéndola a la derecha, a sus pies, como para protegerla.)

ESCENA VIII

DON RICARDO, CARMEN y ALVARO. Don Ricardo abrazando a Carmen y perdiendo poco a poco su razón en uno de los ataques nerviosos que suele sufrir. Alvaro acercándose con cautela

Ric. (Al oido de Carmen.)
¿No te dije que vendría?
Ha venido, pero tarde.
(Empieza a apoderarse de él el vértigo o acceso nervioso.)
¡No se atreve, es muy cobarde!
¡Yo era otra cosa, hija mía!
(Con risa algo estúpida. Sus vanidades de libertino hablan por él sin que se dé cuenta.)
¡Muy malo... pero valiente!
¡Y lo sería hoy también,
si no rompiera mi sien
este rojo clavo ardiente!
¡No importa, no tengas miedo,
que mis ansias no te alarmen!
¡Dios mío .. qué es esto, Carmen!

(Oprimiéndose la cabeza.)
¡Quiero pensar... y no puedo!
(Con desesperación.)

Alv (Aparte, observándole por detrás del sillón.)
(¡El vértigo! ¡Pero son
muy pasajeros! Importa
ganar tiempo, que es muy corta
la tregua.)

Ric. ¡No... mi razón!
(Procurando retenerla.)
¡Y ella en su poder!... ¡Dios santo!

Alv ¿Duerme?... ¿Delira?
(Acercándose a Carmen, y en voz baja, señalando a don Ricardo.)

Carmen No sé.

Alv Ya el carruaje preparé,
(A Carmen, siempre en voz baja. Llevándola hacia la puerta del fondo.)
y ya recoge su manto
la noche. Ven a buscar
a tu madre.
(Con dulzura y pasión.) ¡Ven a mí!

Carmen ¡Mira cómo está!... Y así
no lo podemos dejar.

Alv Un acceso... sólo pide
mucha calma... y luego pasa.
La gente de la otra casa
mandaremos que le cuide.
(Los dos forman un grupo próximo al rompimiento del fondo. Empieza el día: su luz entra por la puerta del campo y por la ventana: los cuadros de plomo que sujetan los cristales se proyectan sobre el suelo con más intensidad cada vez, quizá reflejos rojizos del sol naciente.)
Mira el día que despunta.

Ric. ¡Lo pasado... lo presente!
¡Todo se agolpa a mi mente!
¡Ya se esparce, ya se junta!

Alv. ¡Yo respeto tu virtud!

Ric. ¡Qué figuras tan gentiles!...
¡en las sombras sus perfiles
recuerdan mi juventud!

Alv. ¡Por Dios, Carmen! (Queriendo llevarla.)

Ric. ¡Cómo ruega!
(Riendo con risa entre maliciosa y estúpida.)

Carmen No es posible.

Ric. ¡Bien resiste!

Alv. ¡Es necesario! (Ya con cierto imperio.)
Ric. ¡El insiste!
Carmen No le abandono.
Ric. ¡Se niega!
Carmen ¡Observa su agitación!
¡y su angustia!... ¡y su mirada
Alv. Ya la observo .. (¡Está clavada
(Aparte, con terror supersticioso.)
dentro de mi corazón!)
Ric. ¡Todas resisten así!
¡luego... victoria... y desprecio!
¡pero me parece un necio!
¡nunca será lo que fuí!
¡Todas!... (Empieza a volver en sí.)
¡Pero esa mujer...
esa mujer no es lo mismo!
¡para aquéllas el abismo!
¡para esa no puede ser!
Carmen Busca a mi madre. Te espero.
Alv ¡Eso es dudar! (Con ira.)
Carmen Si no dudo.
(Queriendo separarse de él con terror.)
¡Ese anciano fué mi escudo,
abandonarle no quiero!
(Don Ricardo vuelve en sí y observa con ansia.)
Ric. ¡Resiste... más!
Carmen (Llegando a la puerta del fondo.)
¡Compasión!
Ric. ¡Ah! ¡Si te tuviera aquí!
(A Alvaro retorciéndose con furia, queriendo levantarse y sin poder conseguirlo.)
Carmen ¡Madre! (Grito de desesperación.)
Dol. ¡Carmen!
(Desde dentro. Como la actriz crea que debe gritar.)
Carmen ¡Por aquí!
Dol ¡Llegué a tiempo!
(Entra corriendo, impetuosa y anhelante y se abraza a su hija con arranque amoroso y terrible de leona, a quien pretenden quitarle sus cachorros.)
Alv. ¡Maldición!
(Alvaro, aturdido, en el primer momento retrocede. Carmen y Dolores se abrazan.)

ESCENA IX

DON RICARDO, CARMEN, ALVARO y DOLORES

Ric. ¡Aquella voz de agonía!
¡Hace mucho tiempo, mucho,
que la escucho!... ¡y no la escucho!
Dol. ¡Ricardo! (Desde lejos sin dejar a su hija.)
Ric. ¡Dolores mía!
(Desde su butaca tendiendo los brazos.)
Alv. ¡No hay razón que me contenga!
¡A muerte o vida! (Acercándose a Carmen.)
Carmen ¡No, madre!
(Abrazándose a ella.)
Dol. ¡Que te proteja tu padre!
(Carmen da un grito y corre a don Ricardo, que la estrecha entre sus brazos. Dolores se acerca también; don Ricardo queda entre las dos mujeres.)
Carmen ¡Padre!
Ric. ¡Sí! ¡Dile que venga!
(Señalando a Alvaro.)
Alv. ¡Un anciano que agoniza
tienen por junto las dos!
Ric. Ven y prueba, ¡vive Dios!
¡si aun abrasa la ceniza!
Alv ¡Me opones barrera ruin!
Ric. ¡Pues bien, acércate más!
Alv. ¡Pues sea!... (A don Ricardo.)
(A Carmen.) ¡Me seguirás
mal de tu grado!
(Se acerca a coger a Carmen: en aquel momento, al inclinarse Alvaro para coger a Carmen que está de rodillas a los pies de su padre, don Ricardo le agarra por los hombros y le sujeta: el movimiento que hace Alvaro para desprenderse de don Ricardo pone en pie a éste, y pesando con todo su peso sobre Alvaro le obliga a caer de rodillas. Carmen vuelve a los brazos de su madre. Dos grupos: don Ricardo sujetando a Alvaro: Dolores y Carmen a la izquierda y abrazadas.)
Ric. ¡Por fin!
¿Buscas caricias?... ¡Caricias!
¿Besos pides?... ¡En mis labios!
(Sacudiéndole y acercándole a sí.)
¿Quieres agravios?... ¡Agravios!
¿Justicias quieres?... ¡Justicias!

(Oprimiéndole el cuello con ambas manos y extiangulándolo.)

(Cae Alvaro en tierra ante don Ricardo: éste de pie sosteniéndose en Carmen y Dolores, que le cogen cada una por un lado.)

¡Salvé su honor de esta suerte!...
¡Quizá son eternos juicios!
¡El cadáver de mis vicios
a mis plantas en mi muerte!
¡Mis esperanzas .. las dos!
¡Mi castigo... mi agonía!

(Abrazándose a ellas.)

(Cae en el sillón ó en tierra, según la posición que ocupe.)

Dol. ¡Ricardo!

Carmen ¡Padre!

Ric. ¡Hija mía!
¡Dolores!... ¡Por siempre... adiós!

(Don Ricardo muerto entre Dolores y Carmen, que sollozan. Ante él el cuerpo de Alvaro. Empieza a alborear, la ventana y puerta del fondo forman como dos cuadros de luz con todos los efectos que antes se han marcado, destacándose en el fondo oscuro de la habitación.)

FIN DEL DRAMA

OBRAS DE D. JOSE ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)

El gladiador de Rávena, tragedia en un acto y en verso. (Imitación.)

O locura ó santidad, drama en tres actos original y en prosa.

Iris de paz, comedia en un acto original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama en tres actos original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)

En el pilar y en la cruz, drama en tres actos original y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI original en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.

La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.

El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso precedido de un diálogo en prosa.

Haroldo el Normando, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)

Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.

Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.

Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.

La peste de Otranto, drama original en tres actos y en verso.

Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.

El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.

De mala raza, drama en tres actos y en prosa.

Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.

El conde Lotario, drama en un acto y en verso.

La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.

El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.

Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.

Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.

Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo exposición en prosa.

Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.

El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.

Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.

Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.

Comedia sin desenlace, estudio cómico-político en tres actos y en prosa.

El hijo de Don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere.*

Sic vos non vobis ó la última limosna, comedia rústica original en tres actos y en prosa.

Mariana, drama original en tres actos y un epílogo en prosa.

El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.

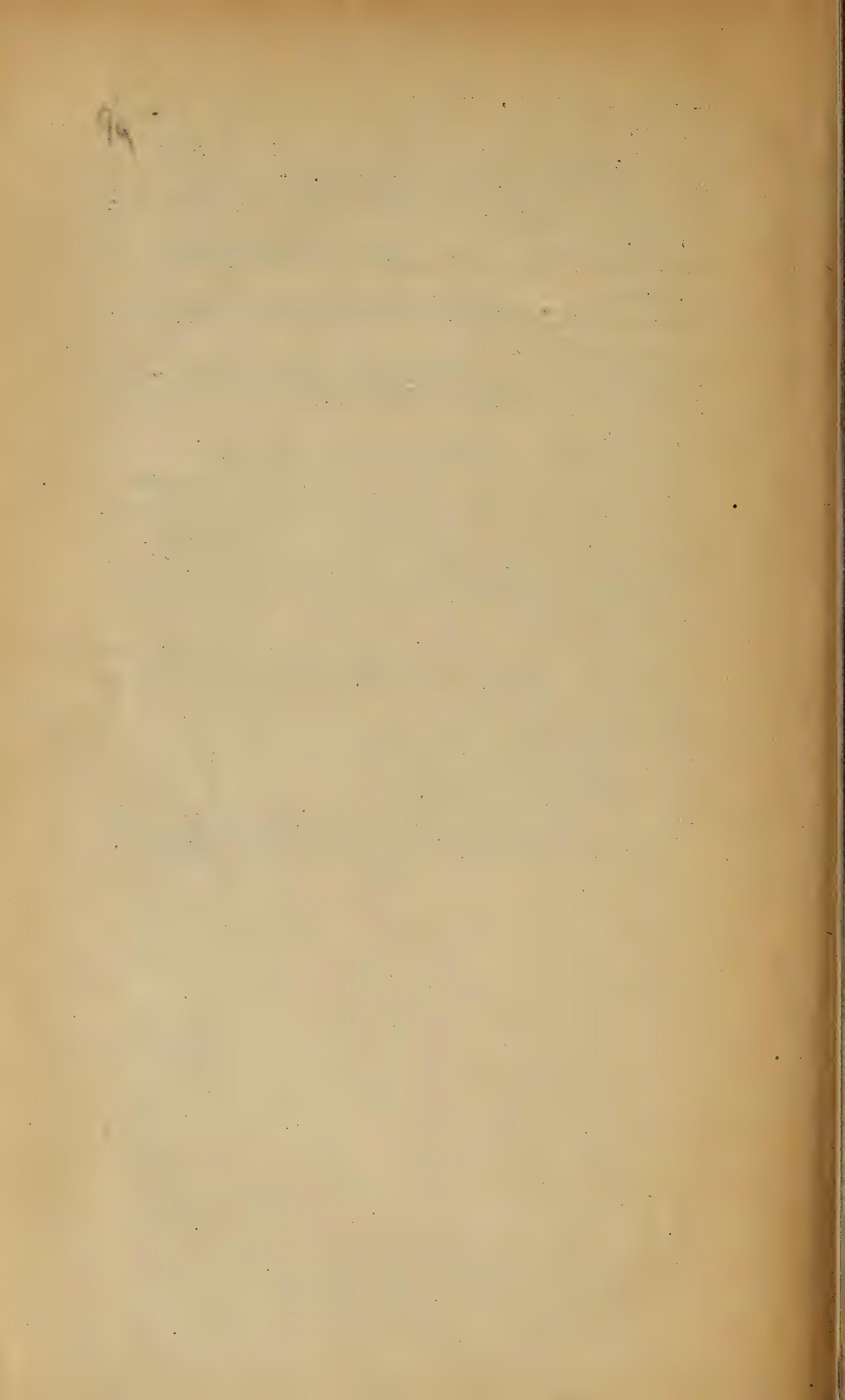
A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo en prosa.

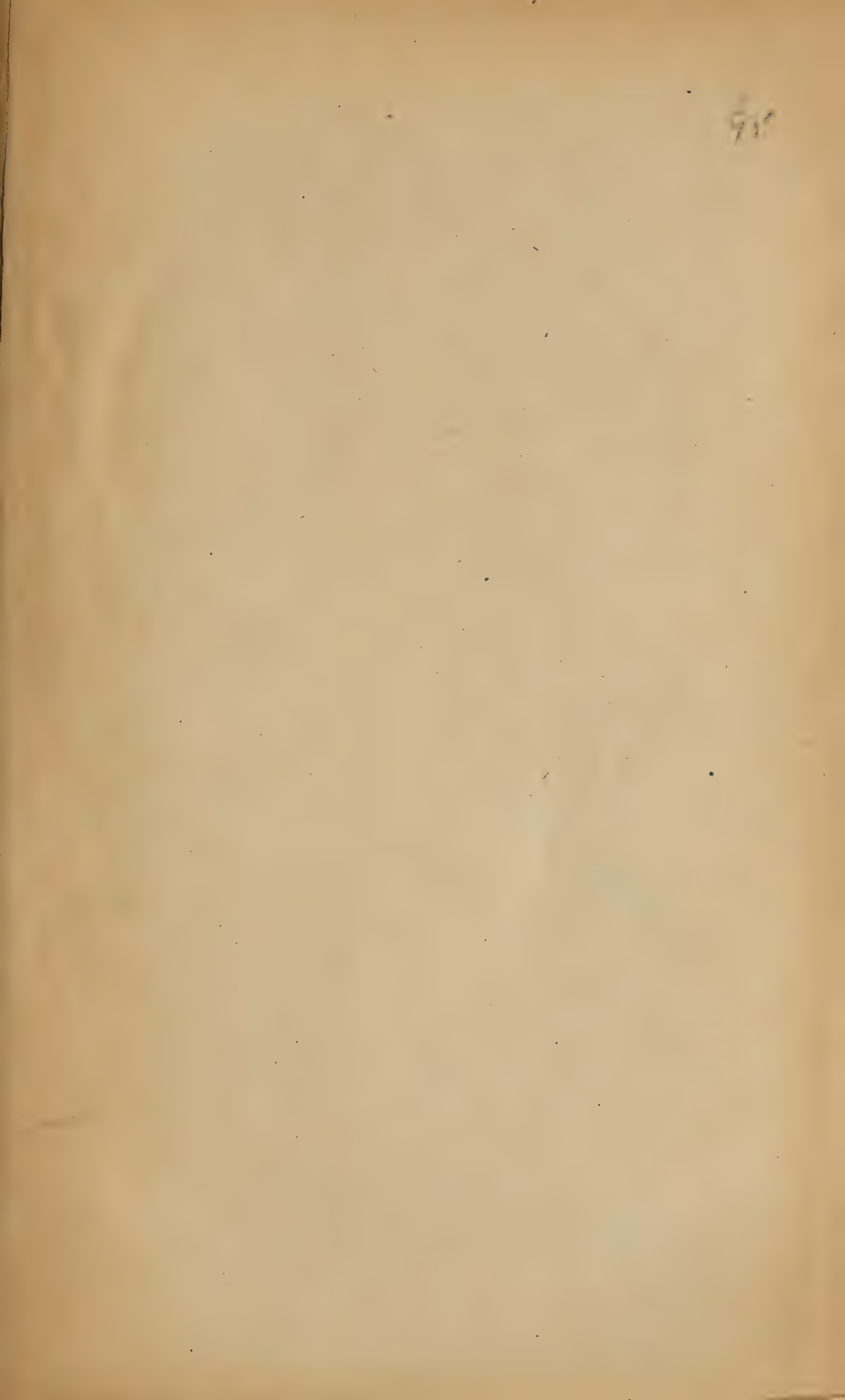
La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa.

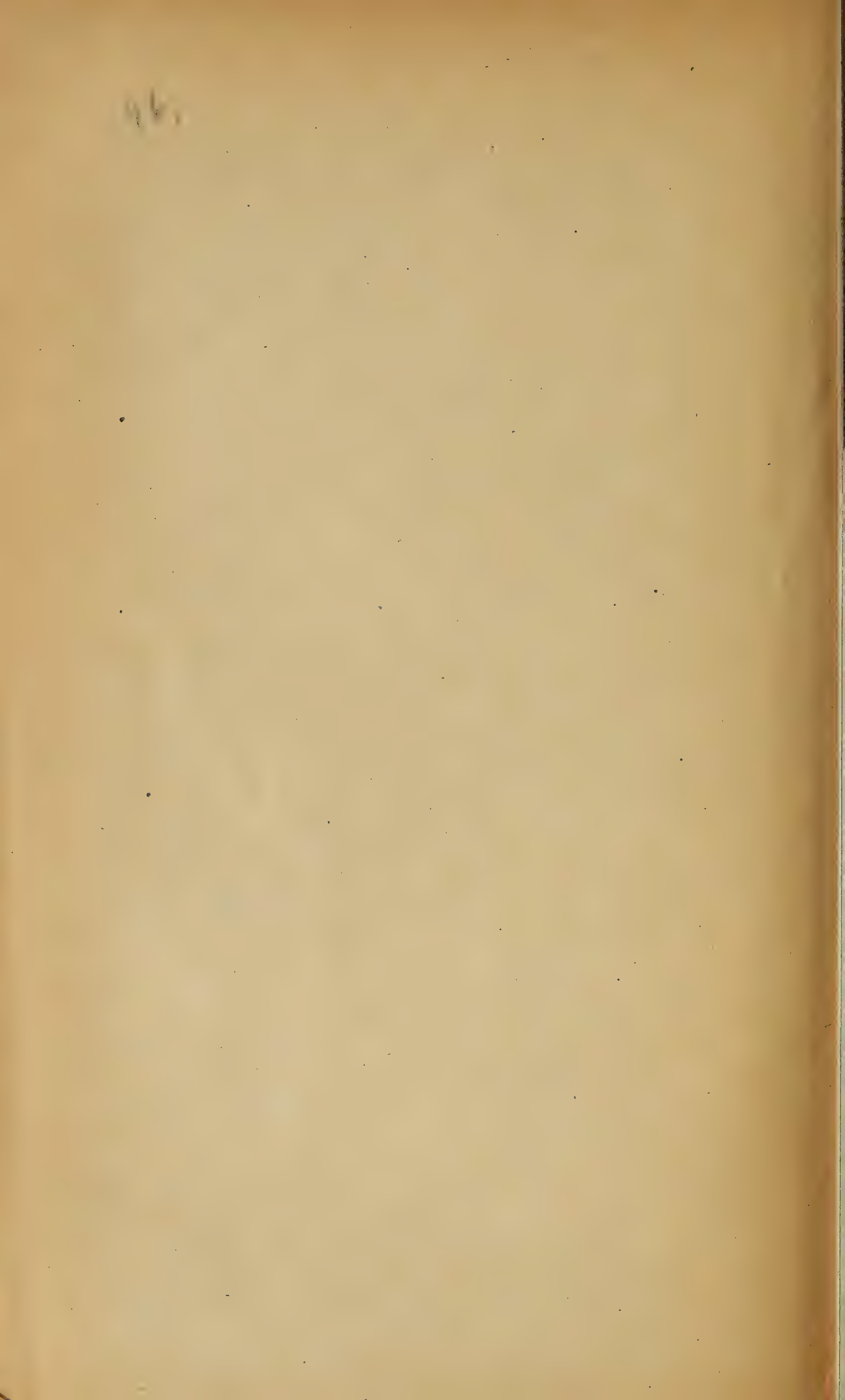
María-Rosa, drama trágico de costumbres populares en tres actos y en prosa. (Traducción.)



Mancha que limpia, drama trágico en cuatro actos y en prosa.
El primer acto de un drama, cuadro dramático en verso.
El estigma, drama en tres actos y en prosa.
La cantante callejera, apropósito lírico en un cuadro y en prosa.
Amor salvaje, bosquejo dramático en tres actos original y en prosa.
Semíramis ó la hija del aire, (refundición). Drama en tres jornadas y en verso.
Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)
La calumnia por castigo, drama en prosa en tres actos y un prólogo.
La duda, drama original en tres actos y en prosa.
El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.
Silencio de muerte, drama original en tres actos y en prosa.
El loco Dios, drama original en cuatro actos y en prosa.
Malas herencias, drama original en tres actos y en prosa.
La escalinata de un trono, drama trágico original en cuatro actos y en verso.
La desequilibrada, drama original en cuatro actos y en prosa.
A fuerza de arrastrarse, farsa cómica, original, en un prólogo y tres actos, en prosa
Entre dolora y cuento, monólogo.
El moderno Endymión, ídem.
El canto de la Sirena, ídem.
El preferido y los cenicientos, drama vulgar ó escenas de familia, en un prólogo y dos actos, por Librado Ezguieura.







University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

